

Ricardo García Granados

“El concepto científico de la historia”

p. 365-428

Polémicas y ensayos mexicanos en torno a la historia

Juan A. Ortega y Medina (selección, introducción,
estudio y notas)

Álvaro Matute Aguirre (prólogo a la tercera edición)

Eugenia W. Meyer (notas bibliográficas y apéndice
biobibliográfico)

Tercera edición

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2001

542 p.

(Serie Documental, 8)

ISBN 968-36-9071-8

Formato: PDF

Publicado en línea: 7 de marzo de 2017

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/polemicas/ensayos_mexicanos.html



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

EL CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA HISTORIA

RICARDO GARCÍA GRANADOS

RICARDO GARCÍA GRANADOS (1851-1930)

Nació en la ciudad de Durango. Luego de radicar algún tiempo en la ciudad de México, fue enviado, junto con su hermano Alberto, a Alemania a completar su educación. En Europa representó durante algún tiempo al gobierno mexicano. En 1881 obtuvo en Leipzig el doctorado en ciencias económicas y políticas. Al iniciarse el gobierno de Porfirio Díaz fue un firme partidario de éste, creyendo que con Díaz se restablecería el orden en el país. Las continuas reelecciones le harán cambiar radicalmente de posición política. Tuvo una actuación brillante frente a la Comisión Monetaria para establecer el patrón de oro. Fue diputado al Congreso de la Unión en 1904; más tarde fue nombrado delegado a la Tercera Conferencia del Congreso Pan Americano, que se celebró en Río de Janeiro. Fue encargado de negocios de nuestro gobierno en El Salvador y gobernador del Distrito Federal con el presidente León de la Barra. Junto con Vera Estañol fundó, en 1911, la Liga de la Defensa Social. Entre sus obras hay que hacer mención de las siguientes: *La Constitución de 1857 y las Leyes de Reforma*; *El problema de la organización política*; *El concepto científico de la historia*; *Historia de México desde la restauración de la República en 1867, hasta la caída de Huerta*, y sus *Memorias*.

EL CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA HISTORIA

Este ensayo fue publicado por primera vez en 1910, en edición particular, por la “Tipográfica Económica”. Ese mismo año se volvió a editar en capítulos separados, que fueron apareciendo gradualmente en la *Revista Positiva*, desde enero hasta abril. Pero de hecho dos de sus capítulos fueron publicados con anterioridad, con algunas variantes y cambios de títulos, en el *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística de la República Mexicana*, correspondiente al año de 1909 (Imprenta de Arturo García Cubas, Sucesores Hermanos, quinta época, t. III, p. 327-339). Los capítulos de referencia son: “La raza como factor histórico”, que en el primer estudio portaba el título de “La cuestión de razas e inmigración en México”, y “La Historia como evolución psicológica social”, que originalmente se llamó “La ciencia moderna de la Historia según Lamprecht”. Básicamente todo este estudio no es sino la respuesta crítica de García Granados al libro de Karl Lamprecht, publicado en 1905, intitulado *Moderne Geschichtswissenschaft (La ciencia moderna de la Historia)*.



1. TRASFONDO HISTÓRICO

El sexto periodo presidencial del general Díaz (1904-1910) está henchido de negros presagios y de acontecimientos muy significativos. El descontento político-social del pueblo mexicano, sumado a una situación desesperada de la masa obrera, produce las huelgas de Cananea (30-V-1906) y Río Blanco (7-I-1907). Ricardo Flores Magón, el 7 de julio de 1906, da a conocer su *Programa y manifiesto de la junta organizadora del Partido Liberal Mexicano*. El 17 de febrero de 1908 accederá Díaz a la entrevista solicitada por el periodista norteamericano Creelman, y declarará a éste que dejaría la presidencia al cumplir 80 años; es decir, para 1910. El pueblo mexicano apenas si podía creer tan increíble ofrecimiento; pero lo aceptó alborozado dando por mal menor la prolongación de la dictadura porfirista hasta dicho año a cambio de la paz y del progreso ya alcanzados. Hacia diciembre de 1908 aparecen precisamente tres libros que agitarán la opinión pública: *¿Hacia dónde vamos?*, de Querido Moheno; *La organización política de México*, de Francisco de P. Senties, y *La sucesión presidencial*, de Francisco Ignacio Madero. Al año siguiente Porfirio Díaz ordena la clausura de *El Antirreeleccionista*, que era dirigido por el licenciado Félix F. Palavicini. El día 1 de abril de 1909 se publica el manifiesto del Partido Democrático, redactado por Calero, Urueta Botella y Zurbarán. En 1910 aparece la *Antología del Centenario* publicada por Justo Sierra, y en Los Ángeles es reanudada la edición del periódico *Regeneración*, siendo como siempre el alma del mismo el batallador Ricardo Flores Magón.

En septiembre los festejos del primer centenario fueron apoteóticos y nadie pudo sospechar, viendo su magnificencia y la manera como el pueblo sencillo se divirtió con ellos, que la conmemoración del primer siglo independiente no era sino el alegre e inconsciente introito de la tragedia que ya estaba tocando a las puertas. En las elecciones fraudulentas de junio y julio de 1910 salieron reelectos Porfirio Díaz y Ramón Corral. El dictador, ciego y sordo ante la corriente renovadora que circulaba por todo el país, se había expuesto a la postulación como vicepresidente del general Reyes, quien parecía cifrar en sí todas las aspiraciones y simpatías populares. Subestimando a Madero permitió Díaz la campaña política del coahuilense, que terminó con éste en la



cárcel de Monterrey cuando don Porfirio percibió la popularidad y el arrastre político del valiente opositor.

El candidato independiente, Madero, purgaba en la penitenciaría de San Luis Potosí la osadía de haberse postulado a nombre del pueblo. Huye Madero de la ciudad de San Luis Potosí, que se le había asignado como cárcel, y en los Estados Unidos redacta su famoso Plan de San Luis (5-X-1910) en donde se invitaba al pueblo a la rebelión. Anticipándose al movimiento revolucionario, fijado para el 20 de noviembre, los hermanos Serdán declaran la revolución en Puebla y el 19 es sacrificado Aquiles Serdán.

Con la revolución maderista comenzada el 20 de noviembre se inicia el nuevo ciclo cruento de la revolución y de la historia contemporánea de México. Las fuerzas revolucionarias de Orozco y Villa toman Ciudad Juárez (10-V-1911) y el 21 se firma el convenio por el que Díaz renunciará a la presidencia (25-V). El 31 del mismo mes, don Porfirio se embarca en Veracruz en el vapor alemán *Ipiranga* que lo llevará a Europa, en donde tres años después morirá (2-VII-1915).

2. LA HISTORIA COMO CIENCIA

Estos siete ensayos de Ricardo García Granados, publicados en vida del autor varias veces,* y condensados asimismo y puestos a manera de prólogo orientador a su importante *Historia de México* (1867-1910) tienen como pretexto expreso del autor el haber sido escritos como reflexiones críticas (capítulo VII) al libro de Lamprecht: *Moderne Geschichtswissenschaft*. García Granados acepta con Lamprecht que la moderna ciencia de la historia es, ante todo, una ciencia sociopsicológica; una psicología aplicada, o, lo que es lo mismo, una adaptación intensa de la observación psicológica al material histórico. El método que ilustra García Granados en los dos últimos capítulos es el llamado empírico-psicológico y psicológico-social; mas para haber podido arribar a él tuvo que analizar y presentar ante el lector una serie de diversas teorías pseudoexplicatorias del proceso histórico como son las siguientes: la del medio ambiente, la de las razas, la de la selección, adaptación y herencia, y la de las fuerzas de las ideas.

En el primer capítulo García Granados examina la historia desde el punto de vista sociológico; es decir, la historia, si considerada sociológicamente, queda en una situación ancilar, al servicio de las leyes sociológicas que determinan el desarrollo de los pueblos. Critica las escuelas históricas anteriores a la naturalista o positivista del siglo XIX, porque sólo esta última, en oposición a la providencialista, a la causalista o a la voluntarista, puede demostrar que las leyes generales de la naturaleza son las que determinan la sucesión y el carácter de los hechos históricos. En el segundo capítulo se muestra el autor inconforme con la tesis de Buckle relativa a la influencia determinante del medio sobre el carácter de los pueblos. García Granados sabe muy bien que la tesis de Buckle es una reelaboración moderna de la de Montesquieu y de otros ilustrados franceses, y sin dejar de considerar los aciertos del inglés en cuanto que éste fue el primero que pudo demostrar las relaciones subsistentes entre las fuerzas naturales y el desarrollo histórico de los pueblos, rechaza su absolutismo determinista dado que existen

* Aparecieron ya organizados definitivamente los siete artículos en la *Revista Positiva*, durante los primeros meses de 1910.



en cualquier grupo humano cualidades específicas de raza y de tipo social que han sido creadas y desarrolladas durante el mero proceso histórico. En el capítulo tercero se hace un breve aunque esclarecedor análisis de la teoría racial que presupone la supremacía de la supuesta raza aria sobre todas las otras, y se critica serenamente la tesis racista (“absurdo histórico”, escribe García Granados previendo la peligrosidad de dicha tesis unos veinticinco años antes* de que el nazismo hiciese real la amenaza anunciada) por anticientífica y antihistórica. El autor sale en defensa de la realidad mestiza nacional puesta en entredicho por el racismo; se declara partidario del mestizaje mexicano e iberoamericano y aclara rotundamente que los defectos que se atribuyen a los hombres de raza mezclada se deben fundamentalmente a causas sociales y no antropológicas. Cualquiera raza, prosigue García Granados, puede eliminar sus defectos y elevarse hasta la más alta civilización si las circunstancias y condiciones sociales son favorables a su evolución progresiva. Vale la pena meditar un momento y pensar que si el autor razonaba así, ello se debía no sólo a su propia circunstancia nacional, sino también a su oposición a una corriente sociológica de su tiempo, vigente en el México porfirista de la última década del siglo XIX, que propugnaba la regeneración mexicana mediante la inmigración de “gente de raza superior”, de extranjeros, de germanos de ser posible. Bulnes, por ejemplo, se lo decía a todo aquel que quería oírlo o leerlo, y él mismo no descansó hasta no verse suegro de un alemán y abuelo de una progenie germanomexicana. Las colonias extranjeras, la alemana más que ninguna otra, presionaban al régimen en esta dirección, empero sin mayor éxito. García Granados, aunque educado en Alemania y con descendencia alemana, fue lo suficientemente ecuánime para, sin rechazar del todo los proyectos inmigratorios, aconsejar una regeneración desde dentro con vista a lograr la homogeneidad étnica; es a saber, la nacionalidad a través de un fecundo proceso de amalgamación racial.

El capítulo cuarto, en donde se estudia la evolución de los pueblos por selección, adaptación y herencia, García Granados, tras exponer las ideas de Lamarck y de Darwin sobre el principio de variabilidad y transformación de las especies, así como la teoría de la selección, respectivamente, afirma que en la tan decantada lucha por la existencia en el seno de las sociedades humanas modernas no siempre triunfan los hombres más aptos, sino los menos escrupulosos. Él no puede admitir el

* R. García Granados venía pensando sobre este tema desde 1909 e inclusive desde antes. Véase en María Cristina González Ortiz, *Visión histórica en Ricardo García Granados* (tesis para la licenciatura en historia), México, 1964, p. 51.

darwinismo social que por su tiempo hacía estragos en Norteamérica (1870-1890) y que amenazaba en cierto modo con extenderse a México para justificar también aquí la explotación inmisericorde de los más por un reducido grupo de los menos. Enumera los diversos agentes naturales y sociales que pueden influir en la selección y determina que un régimen de libertad organizado, unido a un conveniente reparto de la propiedad, es el más conducente a una selección favorable; por contra, el sistema de gobierno plutocrático es el que produce resultados más desfavorables en la selección. Cosa semejante ocurre con los gobiernos absolutistas, puesto que tales gobiernos tienden a eliminar a los hombres sobresalientes y a proteger a los de cortos alcances. Cabe también pensar, en llegando a este punto, que Ricardo García Granados aspiraba a la regeneración social de México por el camino salvador de la adecuada repartición de la propiedad territorial. Como auténtico liberal moderado, sabía muy bien en dónde estaba la gran falla del régimen porfirista y avizoraba asimismo el callejón sin salida a que conducía la selección negativa que el régimen autoritario de Díaz venía realizando desde muchos años atrás. El atolladero final no era otro sino la revolución, a la que él veía venir y a la que quiso evitar con más de un sabio y oportuno consejo; mas muy pocos le hicieron caso, y ninguno de aquellos que más atentos deberían haberse mostrado frente a tan sibilinos y reveladores presagios.

La teoría de la evolución orgánica que examina García Granados en el capítulo quinto pone de manifiesto el error grave de sostener que las asociaciones humanas funcionan de modo análogo a como lo hacen los organismos animales. Los extremos analógico-naturalistas sostenidos por Spencer le parecen al crítico mexicano demasiado rigurosos por cuanto anulan toda iniciativa personal y destierran el acaso. Reducir la psicología a mero mecanismo fisiológico es renunciar al papel preponderante de la inteligencia que, por lo mismo que es capaz de descubrir algunas leyes biológicas, no quiere subordinarse ciegamente a ellas. Lo primario y más cierto es el proceso psicológico, lo secundario y derivado el proceso biológico, cuya normatividad es sólo relativa. Los fenómenos psicológicos no pueden, pues, explicarse por medio de leyes fisiológicas: entre lo material y espiritual la discontinuidad es patente. Desconocer este hecho es para García Granados convertir el positivismo comtiano en un dogmatismo; es negar, por consiguiente, la validez científica del sistema. El determinismo biológico spenceriano resulta así impotente para explicar la historia; porque ésta, incluso cuando se intenta comprenderla desde el punto de vista de la escuela económica, revela su origen espiritual primario en el que queda subsumido el proceso evolutivo económico, que, en última



instancia, obedece en gran parte a las leyes (incitaciones) psicológicas. Como puede verse, García Granados otorga un gran papel a la psicología como ciencia auxiliar de la Historia. Claro está que se trata de una psicología mecanicista que ignora el psicoanálisis; pero que se presenta lo suficientemente estructurada como para poder incluir dentro de sus explicaciones las teorías económicas: la producción, el reparto y el consumo de bienes materiales son la resultante de ciertos deseos y necesidades originalmente inconscientes. Con esto último nos encontramos ya inmersos plenamente en la tesis del capítulo sexto referente a la escuela histórica empírico-psicológica. Las explicaciones de Buckle y Spencer, que hacen derivar el desarrollo histórico de las leyes naturales, son tan erróneas como las explicaciones economicistas que todo lo fundamentan en la estructura material básica. Frente a estas interpretaciones, que nuestro crítico juzga ilegítimas, él opone fundamentado en Fouillé, las llamadas *ideas fuerzas* o directrices que son las determinadoras del progreso en la historia: idea de la libertad de igualdad, de justicia, de solidaridad, de mejora, etcétera. Estas ideas, aunque irrealizables en términos absolutos, son benéficas dentro de los límites de lo posible y contribuyen a frenar los abusos y atropellos de los poderosos. García Granados intenta resolver el viejo conflicto entre determinismo y libertad, recurriendo a la eficacia práctica de las *ideas fuerzas* que son independientes del medio ambiente, de la raza y del desarrollo biológico. El Estado, a pesar de las realidades materiales que entran en pugna para poder erigirlo, es resultado de la dramática lucha constante por la existencia, lucha que es común a todos los organismos vivientes, aunque en este caso la pugna es esencialmente humana. Es decir, la sublimación de los instintos y deseos y la interacción de las ideas directrices hace surgir la imagen del Estado, que, como se ve, es de origen psicológico. García Granados explica asimismo en términos de oposición combativa la aparición de la idea de derecho; empero tanto éste como el Estado sólo pueden adquirir realidad histórica a través de la lucha política. La verdadera investigación histórica debe tener por meta la descripción de tal encuentro político, y donde el historiador no lo halla es porque ha enmudecido Clío y se ha dejado “libre el campo a los aduladores y panegiristas de los tiranos”. El autor ha pluralizado el blanco que es objeto de sus tiros; pero al perspicaz lector de entonces no podía escapársele la alusión directa del texto a la realidad política mexicana de aquel tiempo. La condena del dictador resulta patente, en cuanto que éste se había convertido en un buen administrador, pero en un pésimo político; la repulsa hacia los aduladores científicos también es manifiesta, y tanto que García Granados ni siquiera se digna mencionarlos.

En el séptimo y último capítulo el autor se refiere a la historia como evolución psicológica social, utilizando para ello las ideas de un historiador alemán de aquel tiempo, K. Lamprecht (1856-1915). Merece toda nuestra atención el hecho de que García Granados, profundo conocedor de la cultura alemana, pues se había educado en Alemania, estuviese atentamente receptivo a las ideas de un historiador que en su tiempo fue muy discutido por querer hacer de la Historia una ciencia inductiva, que, en cuanto tal, rechazaba todas las concepciones del mundo imaginadas hasta entonces, no importa que fuesen idealistas positivistas, materialistas o de cualquier otra clase. Según Lamprecht, la Historia no era otra cosa sino psicología aplicada. Para la comprensión de la Historia el historiador tiende su puente psicológico teórico y, a través de él, alcanza los fenómenos elementales más profundos. La psicología experimental utilizada por Lamprecht se convertía en fundamento normativo de la historiografía. Se ponían en tela de juicio las pretensiones de los historiadores positivistas puros y de los historiógrafos de la política; a saber, dos de los rasgos que correspondían en cierto modo a nuestro historiador. Esto explica el que García Granados, desde la meseta mexicana, intervenga seriamente en el enconado y sonado “pleito Lamprecht”, lo que prueba, por un lado, las inquietudes intelectuales de nuestro científico y, por el otro, la comunicabilidad y receptividad universales de la ciencia positivista mexicana a finales del porfiriismo.

Ricardo García Granados considera que el aspecto más característico de la psicología social es la autodisciplina, cosa difícil de imponer puesto que cada individuo tiene que luchar consigo mismo entre sus intereses particulares y los colectivos; entre su egoísmo y el interés general. De aquí resulta, según el crítico, que el estudio de la psicología social sea importantísimo porque con tal ciencia se podrán investigar y exponer las leyes conforme a las cuales se originan, se desarrollan y decaen las fuerzas sociales. Dicho esto pasa el comentarista a un análisis breve de las ideas de Lamprecht expresadas en *La ciencia moderna de la historia*. No viene al caso repetir aquí lo que escribe García Granados acerca de las cuatro épocas culturales (psicosociales), postuladas por Lamprecht con un carácter y extensión generales; es decir, aplicables *a priori* a toda la vida histórica. El mecanismo psíquico universal se repite, según él, en no importa qué país o historia puesto que todas las civilizaciones han progresado de modo paralelamente parecido. Lo que sí conviene recoger es la crítica de García Granados relativa al determinismo organológico del historiador alemán, dado que el desarrollo histórico no puede asimilarse al biológico, si bien existen entre ambos muchas semejanzas y analogías. La segunda crítica



consiste en que para García Granados el paso de una etapa a otra no tiene que ser forzoso, fatalmente violento, porque desde su punto de vista el proceso de la lucha política es el que ha de colorear el carácter pacífico o arrebatado del tránsito. Las sacudidas que se experimentan en las épocas de transición son producidas al introducirse súbitamente en el cuerpo social ciertas reformas que, aunque convenientes, habían sido diferidas por turbios y egoístas intereses, aplazadas por malos manejos políticos. La tercera crítica de García Granados es que la tesis organicista lamprechtiana no explica el *rejuvenecimiento* de ciertos pueblos: la palingenesia.

Para rechazar más eficazmente el esquema histórico-motriz de Lamprecht, nuestro político autor recurre a las ideas del sociólogo norteamericano Lester F. Ward, dado que éste le va a proporcionar elementos con los cuales combatir al alemán y con los cuales afirmar el valor del desarrollo político como explicación de la historia. Ward, al establecer la distinción entre el desarrollo genético y el télico, afirmaba la antelación del desarrollo natural respecto al intelectual. El progreso comienza, pues, en los pueblos primitivos por ser genético hasta que llega un momento que se trueca en télico; de esta suerte la ley del espíritu se va sobreponiendo, como nos aclara García Granados, a la de la naturaleza. Ahora bien, como la fuerza primera, la natural o genética, es la impulsora y la resultante de las necesidades y pasiones humanas; y la segunda fuerza, la intelectual o télica, es la ordenadora y jerarquizadora de las necesidades, aspiraciones y pasiones humanas; síguese de aquí que las fuerzas télicas convierten a los desordenados y egoístas impulsos primarios en un sistema intelectual cuyo objeto es satisfacer racional e inteligentemente a todos los hombres y no sólo a unos cuantos privilegiados; esto es, satisfacer con normas de justicia o, lo que viene a ser lo mismo, con normas políticas eficaces y justas. Lo que amenazaba convertirse en una lucha violenta y egoísta se va a traducir en una evolución o desarrollo tanto más positivo cuanto más eficazmente se utilice la inteligencia y cuanto más adecuadamente se emplee la fuerza télica; en suma, cuanto con mayor habilidad se ponga en práctica un juego político equitativo y eficaz. De esta manera se elimina la violencia en los cambios sociales y se evita la lucha, es decir, la temida revolución. Los siete artículos de García Granados, y sobre todo el último, no son sino una oportuna advertencia acerca de la tormenta que se cernía sobre el país. Los técnicos *científicos* del porfirismo no entendieron o no quisieron desentrañar el mensaje profético que desde la revista filosófica positiva les enviaba García Granados, y siguieron empeñados en la ya gastada y vieja fórmula porfirizante que, al intentar desterrar o empuqueñecer la política,

lo que de hecho hizo fue triturlarla o corromperla. Desprovisto el país de una dirección télica, intencionalmente dirigida, como tal vez lo deseó fervientemente García Granados, la nación se deslizó por la pendiente de la violencia revolucionaria, que las fuerzas genéticas desencadenaron y aceleraron una vez libres del freno intelectual o télico; Como en el caso de José María Vigil, el pensamiento político de García Granados cobra en nuestro tiempo una actualidad que lo hace en verdad, impresionante, e incluso vaticinador. El estudio de la *Historia de México* de Ricardo García Granados exige previamente del lector la comprensión del mecanismo o método histórico utilizado por él; pero las bases filosóficas del método se encuentran precisamente en los siete artículos glosados y en la condensación de los principales de éstos, que, a manera de prólogo, presiden la obra capital. Lo que resulta extraño o cuando menos curioso es que los historiadores del porfirismo hayan desdeñado casi unánimemente estas imprescindibles claves introductorias.

3. TEXTO

EL CONCEPTO CIENTÍFICO DE LA HISTORIA

CAPÍTULO I

Caracteres primitivos y transmutaciones de la Historia

La Historia, que en las naciones de escasa o mediana cultura intelectual, se ha reducido por lo general a narraciones, más o menos exactas, de los sucesos públicos más importantes, o a poemas destinados a enaltecer las hazañas de los gobernantes y de los héroes populares, exaltando al mismo tiempo el espíritu guerrero o religioso de los pueblos, ha venido adquiriendo una gran importancia allí donde ha empezado a ser considerada desde el punto de vista científico. A la simple cronología y a la poesía o retórica fantástica o apasionada, siguieron los estudios en cuanto al carácter, transformación y fusión de los pueblos y razas, a las tendencias y actividades de las sucesivas generaciones, con sus fundamentos psicológicos o materiales, y las investigaciones en cuanto a las condiciones de vida material y social en los diferentes países o climas y bajo las diferentes formas de gobierno; descubriéndose en fin, por medio de esos estudios, ciertas leyes, que aun cuando carezcan todavía de la precisión a que debemos aspirar, nos explican sin embargo en gran parte el nacimiento, condiciones de vida, desarrollo y descenso o ruina de las naciones. Tiene en efecto la Historia, así concebida, una relación íntima con la sociología, pues si su objeto es investigar, referir y exponer los hechos en su natural enlace y desarrollo, la sociología no solamente utiliza esos datos, en combinación con otros de origen distinto, para establecer y comprobar y explicar convincentemente los fenómenos históricos. Son de esta suerte la Historia y la sociología conocimientos humanos auxiliares el uno del otro, puesto que la Historia investiga y explica, con auxilio de la sociología, los hechos concretos, mientras que la sociología establece, en parte con auxilio de la Historia, las leyes que determinan el desarrollo de los pueblos.

Ya la antigua Grecia y la antigua Roma habían producido historiadores, como Tucídides, Polibio, Tácito, Tito Livio, etcétera, que no

solamente eran narradores, en lo esencial fidedignos y maestros en el arte literario, sino realmente precursores de los sociólogos modernos, en cuanto a que procuraban explicar con imparcialidad las causas psicológicas y el encadenamiento de los fenómenos históricos y sociales. No estaban sin embargo destinados esos progresos a continuar por entonces sin interrupción, pues con la degeneración de la cultura grecorromana, la invasión de los bárbaros y el triunfo del cristianismo, la Historia compartió la suerte de tantas otras ciencias, que descendieron considerablemente de la altura que habían alcanzado. Surgió en efecto a la general transformación o desquiciamiento del mundo antiguo, un periodo de mil años, durante el cual la Historia se convirtió de nuevo en un conjunto de narraciones sin cohesión ni sistema, que a servicio de las autoridades establecidas, ya fueran éstas del orden laico o eclesiástico, propagaba fábulas absurdas y las más groseras supersticiones

Durante esa época que llamamos “Edad Media”, fue en el mundo mahometano en donde la filosofía se cultivó con mayor éxito; de suerte que al mismo tiempo que en Bagdad, Damasco y Córdoba se estudiaban los autores griegos y romanos que habían de inspirar en el siglo XIV a un historiador como Abenjaldún, los pueblos cristianos permanecían en la ignorancia o se tenían que conformar con la lectura de la vida de los santos, o con obras, como la crónica atribuida a Turpin, arzobispo de Reims, refiriendo la campaña de Carlomagno en España, en la cual aparecen seres imposibles como el gigante Fenecutas, cuya estatura era doble o triple de la de un hombre regular, y cuyas fuerzas eran iguales a las de cuarenta hombres. Peleaba éste, según dice la crónica, en las filas de los infieles, venciendo a los más esforzados caballeros cristianos, que salieron a su encuentro, hasta que el célebre Rolando tuvo la inspiración de entablar con él una controversia dogmática, que dio por resultado, que no habiendo podido refutar aquel monstruo las argumentaciones teológicas, fuera vencido, primero en la discusión y en seguida también en el combate. De igual naturaleza son las antiguas crónicas españolas, en donde abundan los milagros, especialmente los del apóstol Santiago, el cual solía aparecer en la batalla a la hora del mayor peligro; y lo son en general las crónicas cristianas de los demás países de Europa en la época a que me refiero.

Las cruzadas emprendidas en los siglos XI y XII para la conquista de la Tierra Santa marcan el apogeo del entusiasmo cristiano, después del cual las clases de pensadores empiezan a recobrar cierta calma reflexiva, en parte sin duda a causa del desencanto producido por el fracaso de la inaudita empresa, y en parte a consecuencia del contacto inmediato de los pueblos cristianos con los “infieles”, y el estableci-



miento de activas relaciones mercantiles, que se avienen mal con el fanatismo religioso. A estas circunstancias favorables a la resurrección del espíritu de investigación independiente, se agregó el cisma que dividió la Iglesia en el siglo XIV y la renovación del estudio de los autores de la antigua Grecia y Roma, que había sido abandonado por varios siglos, a causa de la general ignorancia y de la tiranía intelectual establecida por la Iglesia. La cooperación de todos estos factores trajo consigo la completa emancipación filosófica de los espíritus superiores, y la reforma religiosa, que ofrecía dar satisfacción a las masas populares, que clamaban contra la corrupción de la Iglesia y que, con el nombre de “protestantes”, logró separar de Roma una gran parte de los pueblos cristianos.

Como manifestaciones notables del nuevo espíritu filosófico, que empezó a desarrollarse en aquella época, llamada del “Renacimiento”, deben considerarse especialmente las obras históricas y políticas de Maquiavelo, que constituyen un profundo estudio de la psicología de gobernantes y gobernados en sus relaciones políticas; siendo por lo demás de sentirse que ciertos principios de gobierno, recomendados por el autor, sean inadmisibles desde el punto de vista moral, pervirtiendo así el conjunto de dichas obras y dando lugar a que los enemigos de la libertad, desde aquella época hasta nuestros días, hayan procurado identificar la inmoralidad con la independencia de pensar.

No obstante ese grave defecto, es indudable que con la publicación de las obras de Maquiavelo se inició una nueva era en cuanto a la manera de concebir la Historia. Desde entonces hasta el siglo XVII fueron dos las escuelas que se disputaron el campo: la teológica y metafísica por una parte, conforme a la cual la Historia se nos presenta como la ejecución de un plan preconcebido por Dios, y por otra la de los filósofos del Renacimiento, que recogieron la tradición grecorromana, por tanto tiempo olvidada, haciendo entrar el libre albedrío del hombre, como principal factor en el desarrollo de los pueblos. A estas dos escuelas vino a agregarse una nueva en el siglo XIX, que es la naturalista o positivista, la cual procura demostrar que las leyes generales de la naturaleza son las que determinan la sucesión y carácter de los acontecimientos históricos, ya sea de una manera absoluta, como pretenden unos autores, o con ciertas modificaciones, según opinión de otros.

De los historiadores de la escuela teológica, posteriores a la época del Renacimiento, hay que mencionar ante todos a Bossuet, que tanto lució en el reinado de Luis XIV. Este brillante historiador y orador sagrado es defensor decidido del orden providencial, y al efecto dice: “No hay casualidad en el gobierno de las cosas humanas y la fortuna no es más que un nombre” sin sentido. Nada domina más que Dios.

Como todo es “sabiduría para el acaso”. Y más adelante dice: “Para darse a conocer en los tiempos en que la mayor parte de los hombres lo habían olvidado, Dios ha hecho milagros sorprendentes y ha forzado a la naturaleza a salir de sus leyes más constantes.”

Estas citas nos dan a conocer las bases sobre las cuales descansaba su sistema histórico, que sirvió de norma a sus sucesores de la escuela estrictamente teológica. Entre éstos no se encuentra a ninguno verdaderamente notable, hasta que en el siglo XIX aparece César Cantú, un autor que, a pesar de su talento y erudición, no tiene inconveniente en dar principio a su *Historia universal*, con la creación del mundo, conforme al *Antiguo testamento*.

El profesor belga F. Laurent critica duramente a los historiadores de esa escuela, especialmente a Bossuet, haciendo presente que es absurdo considerar a Dios como un déspota que se complace en violar las leyes, que él mismo ha dado, para castigar a los hombres, y que si esas leyes resultaran imperfectas, Dios tendría que ser igualmente imperfecto, lo cual es enteramente inadmisibles. A pesar de esta crítica y de llamarse él mismo “libre pensador”, Laurent incurre en el mismo error que los teólogos, pues sus “Estudios sobre la Historia de la humanidad”, no son más que una especie de teodicea, en la cual los hombres hacen las más veces del papel de carneros, a los cuales Dios conduce, sin que ellos lo sepan, a un fin determinado, siendo en consecuencia la Providencia divina, tal como el autor se la figura, la que resuelve los más arduos problemas históricos. Siguiendo ese orden de ideas, nos dice ese autor en el primer capítulo del último tomo de sus estudios, entre otras cosas, lo siguiente:

El hecho de que los individuos y los pueblos hacen siempre “algo de más o de menos de lo que pensaban hacer”, no se puede negar; está escrito en todas las páginas de la Historia. ¿A quién se deben atribuir esos resultados, muchas veces tan contrarios a las intenciones de los hombres, que éstos hubieran retrocedido horrorizados, si los hubieran podido prever? Si no es a Dios, tiene que ser al acaso y esto no constituye una explicación. Hay pues que convenir en que se deben a Dios y en que “hay realmente una Providencia”.

¿Qué diferencia fundamental hay entre el concepto histórico de Bossuet y el de Laurent?, se nos ocurre preguntar ahora. Si acaso lo hay, es difícil encontrarlo, pues aun cuando el segundo de estos autores rechaza la idea de que Dios suspenda las leyes de la naturaleza, de cuya imperfección se deduciría, según dice, la imperfección del mismo Dios, por otra parte admite que los hombres son imperfectos, y que por lo tanto necesitan que Dios los guíe y que corrija constantemente sus errores. Ahora bien: si Dios ha creado seres imperfectos, él



mismo tendría que ser imperfecto, lo cual es inadmisibles, y de esta suerte se puede aplicar a la teoría histórica de Laurent la misma crítica que este autor aplica a la de Bossuet.

Todas estas consideraciones nos demuestran que la introducción de hipótesis teológicas o metafísicas como hechos comprobados en la Historia tiene que conducirnos a la más lamentable confusión de ideas o a un juego de fantasía, que nos inhabilita para toda investigación consecuente y fecunda. Aun admitiendo la hipótesis de la creación del mundo, no se puede menos de rechazar la idea de que las leyes de la naturaleza puedan ser suspendidas o modificadas en casos determinados, así como es también inadmisibles la suposición de que los hombres trabajen inconscientemente para la realización de un fin que ya está determinado de antemano. Es cierto que hay problemas históricos tan complicados que una solución satisfactoria parece imposible, pero esta circunstancia no nos autoriza a introducir en la Historia un *Deus ex machina* que desenrede el nudo, conforme al sistema adoptado en la antigua comedia grecorromana. Este sistema podrá ser muy cómodo pero es perfectamente anticientífico.

Colocándose en un término medio entre la escuela teológica de Bossuet y la individualista o psicológica, restablecida por Maquiavelo y sus contemporáneos, aparece a principios del siglo XVIII el historiador italiano Juan Bautista Vico, a quien muchos consideran como el fundador de la filosofía de la Historia. El mérito principal de su obra, que llamó *Principios de una ciencia nueva referente a la naturaleza común de las naciones*, consiste en haber desarrollado por primera vez la idea de que la vida de los pueblos se rige por leyes inmutables y que a la Historia corresponde descubrir y exponer esas leyes. Desgraciadamente ese notable autor no hizo más que descubrir la regularidad de esas leyes, pero no sus condiciones, opinando que los pueblos, después de recorrer las diferentes fases de su desarrollo, vuelven al mismo punto de partida. Por lo demás, opina Vico que el desarrollo histórico no puede ser obra del acaso, ni de los más ilustres legisladores, sino solamente de Dios. Sin temor a Dios, no puede haber sabiduría humana.

De la misma escuela de Vico, en cuanto a la teoría de la regularidad de las leyes históricas, sujetas sin embargo a la superior dirección divina; pero reconociendo plenamente la ley del progreso humano, se nos presenta a mediados del siglo XIX, el historiador español Modesto de la Fuente, en cuya *Historia de España*, se observa sin dificultad la influencia tiránica de las autoridades reales y eclesiásticas. Como característico del espíritu que predomina en esa obra, se puede citar el párrafo del “Discurso preliminar”, que dice así:

Una generación antigua, dividida en grupos de naciones, avanzaba hacia un fin que conocía sólo el que guiaba secretamente el movimiento, al modo que las legiones de un gran ejército concurren a un punto dado por caminos y direcciones diferentes para encontrarse reunidas en un mismo día, sin que nadie penetre el objeto sino el general en jefe que ha dispuesto aquella combinación de evoluciones. Ocurrió la proclamación del cristianismo en las naciones del mundo y la gran catástrofe de la caída del imperio romano. Y entonces pudieron conocer los pueblos de la antigüedad que todos habían contribuido, sin saberlo, a aquella grande obra de la regeneración humana. Entonces pudo penetrar el filósofo que no en vano la Providencia había colocado la cabeza de aquel imperio en el centro del Mediterráneo, que no en vano había dotado al pueblo-rey de aquel espíritu incansable de conquista; porque era necesario un poder, que poniendo en comunicación todos los territorios, todas las naciones mediterráneas, conquistador primero y civilizador después, difundiera por todas aquellas regiones un mismo lenguaje, una misma religión, un mismo derecho.

Aquí, como en las obras de Bossuet y de Laurent, se observa la perjudicial influencia del elemento dogmático-religioso en las interpretaciones históricas. Conforme al criterio de De la Fuente, el cristianismo tenía que triunfar en plazo determinado —el pensar de otra manera hubiera sido contrario a la doctrina de la Iglesia— y como vemos que los hombres, sin darse cuenta de ello, estuvieron preparando ese triunfo, lógicamente se desprende que trabajaron inconscientemente por inspiración de Dios y que ya Julio César y hasta los Escipiones, y el pueblo romano en general, arreglaron sus acciones de tal suerte que contribuían a un fin que ni remotamente se imaginaban. Salta a la vista que tales teorías conducen fácilmente al fatalismo y a la indiferencia hacia las investigaciones históricas, políticas y sociales, siendo éstas conforme a tales teorías, incapaces de darnos luz en cuanto a la suerte que el porvenir nos depara.

Es cierto que no faltará quien opine que, al desterrar así a Dios de la Historia, se despoja a ésta de su base natural y a la humanidad de todo ideal a que aspirar; en contestación a lo cual se permitirá hacer presente que la única verdad indiscutible que se nos presenta con tal motivo es que nuestras facultades intelectuales no alcanzan a comprender más que vagamente el objeto final de nuestra propia existencia y que si a unos parece inconcebible que marchemos al acaso, a otros parece no menos absurdo que el Ser Supremo se vea obligado a corregir constantemente su propia obra, o que se complazca en conducir a la humanidad por caminos tortuosos y en medio de aparentes contradicciones a un fin que solamente él conoce. En vista de nuestra propia



imperfección, no podemos resolver este fundamental problema más que de una manera incompleta e indirecta, si reflexionamos que, por una parte, hemos recibido de Dios o de la naturaleza ciertos instintos, fuerzas y facultades, y por otra que el objeto más evidente de nuestra existencia debe ser nuestro propio perfeccionamiento. Ahora bien: si hemos recibido esas fuerzas y esas facultades, ¿no es natural suponer que debemos hacer uso de ellas libremente, con un fin útil determinado, siempre que no sea con perjuicio de nuestros semejantes? ¿La conciencia de la responsabilidad y la de estar atendido a sus propios esfuerzos no es acaso el mejor fortificante para templar el carácter del hombre y contribuir a su perfeccionamiento? Los caracteres débiles, los pusilánimes, los que necesitan tutela, rechazarán tales ideas; pero los fuertes, los que saben afrontar las vicisitudes y obligaciones de la vida, los que consideran que la dignidad humana es más que una palabra vana tienen que contestar afirmativamente. A estos hombres de resolución y de conciencia, que en nuestros días han sobresalido en los estudios históricos y sociológicos, vamos ahora a volver la vista, a fin de darnos cuenta del carácter más y más científico que va adquiriendo la Historia, y de las teorías que le sirven de base.

CAPÍTULO II

Influencia del medio ambiente en el carácter de los pueblos

Los enormes progresos de las ciencias naturales en el siglo XVIII aparecieron como una nueva y completa revelación del universo, no pudiendo menos de ejercer una influencia extraordinaria en la filosofía y en la manera de concebir la Historia. Habiéndose descubierto que las leyes de la naturaleza son universales e inmutables; que nuestro planeta no es más que un cuerpo insignificante en la inmensidad del espacio, y la historia conocida de la humanidad un mero instante, comparado a la historia de la Tierra, que nos revela la geología, era natural que se procurase adaptar el concepto de la sociedad al nuevo concepto de la naturaleza, que se imponía como resultado de las investigaciones científicas.

El más sobresaliente representante de la nueva escuela histórica, que se formó en el siglo XVIII como consecuencia del indicado movimiento intelectual, fue sin duda Montesquieu, el cual estableció por primera vez el principio de que en las sociedades humanas las instituciones y leyes no son un agregado sin cohesión, formado por el acaso o conforme al capricho de los hombres, sino un conjunto armónico,

en el cual las partes están relacionadas entre sí, de tal manera que no se puede alterar ninguna sin que sufran las otras, a lo cual se debe agregar que las instituciones se forman bajo la influencia de la naturaleza del país en que se desarrolla la sociedad.

No altera la importancia del progreso realizado por Montesquieu al establecer esos principios, el que exagerase extraordinariamente la influencia del clima, al grado de asegurar que el norte es el lugar predilecto de la fuerza, de la virtud y de la libertad, mientras que en el mediodía prevalecen los vicios, la debilidad y el servilismo. Ya en aquella época fue criticado vivamente el célebre autor por esta teoría, y Voltaire hacía presente, que si el carácter de los hombres dependía exclusivamente del clima, ¿cómo se explicaba que en la misma Roma de Pablo Emilio y de Cicerón se hubiera podido establecer el ascetismo monacal?

Una vez reconocida la existencia de ciertas relaciones entre el clima y la organización social, no habían de cesar las investigaciones a que este interesante hecho da lugar. Recogió y desarrolló en efecto esta idea el girondino Condorcet, que estaba destinado a ser una de las ilustres víctimas de la estúpida ferocidad jacobina. Libre de las preocupaciones teológicas que habían ofuscado los raciocinios de Vico, siguió el mismo camino que Montesquieu, demostrando el natural encadenamiento histórico, que se impone según las circunstancias especiales, de tal suerte que los acontecimientos pasados vienen a ser los generadores de los presentes, como éstos lo son a su vez de los futuros; pero a diferencia de su antecesor en esta especie de estudios, opinaba que las virtudes cívicas y los principios democráticos pueden desarrollarse entre todos los pueblos y en todos los climas. Fue así Condorcet el más notable de los autores, después de Montesquieu y Voltaire, que preparó el terreno para que a mediados del siglo XIX pudiera Buckle, con datos científicos más numerosos y exactos, llevar a término su *Historia de la civilización en Inglaterra*, que marca un nuevo y extraordinario progreso en la ciencia histórica.

Empieza este autor su célebre obra, haciendo presente lo imperfecto que ha sido el sistema histórico observado hasta su época, el cual, según dice, tiene la desgraciada particularidad de que aun cuando haya conducido a que se examinen con extraordinaria habilidad algunas de las partes de la Historia, no ha dado todavía lugar a que esas partes se combinen para formar un conjunto armónico, ni a que se investigue la naturaleza de los lazos que las unen entre sí. Los historiadores no han reconocido aún la necesidad de un vasto y profundo estudio preliminar, que los ponga en aptitud de dominar el conjunto de los fenómenos históricos, y de esta suerte se nos presenta el singular espec-



táculo de un historiador que ignora la economía política, de otro que no conoce las leyes, de otro que descuida la filosofía de la estadística y así en cuanto a los demás ramos de las ciencias sociales. La Historia, que debe tener sus leyes naturales lo mismo que la física, no ha sido tratada científicamente y los más célebres historiadores son a todas luces inferiores a los hombres prominentes en las ciencias físicas, como Kepler, Newton, etcétera.

Después de hacer estas justificadas y bien meditadas apreciaciones, Buckle plantea perfectamente el problema fundamental de la Historia, desde el punto de vista filosófico, al presentar esta cuestión: “¿Se gobiernan las acciones de los hombres y de las sociedades por leyes fijas, o son el resultado, ya sea del acaso o ya de una intervención sobrenatural?”

A esto contesta el autor, que tanto los argumentos teológicos, como la teoría que considera el libre albedrío como principal factor en el desarrollo histórico, carecen de fundamento, y que también la teoría del acaso debe rechazarse. Los teólogos exigen de nosotros que creamos en un autor de la creación que, no obstante su infinita bondad, hace una distinción entre los hombres, salvando a unos y condenando a otros, y que permite que sigan viniendo anualmente al mundo millones de seres destinados a horribles padecimientos por toda la eternidad, siendo éste un concepto que repugna tanto a la razón como al sentimiento moral. Pretendiendo probar por otra parte lo ilusorio de la teoría del libre albedrío, Buckle hace presente que la conciencia humana no es una cosa independiente y constante, sino que varía conforme a las circunstancias anteriores y que por esta razón se observa gran uniformidad en la manera de pensar de los hombres. Las distintas épocas, por las cuales ha pasado la humanidad, están caracterizadas en consecuencia por ciertas particularidades mentales y convicciones generales que encuentran su expresión en la religión, la filosofía y la moral. Conforme a estas ideas, prosigue el autor diciendo:

Rechazando pues el dogma metafísico del libre albedrío y el dogma teológico de la Providencia, se impone la conclusión, que atendiendo a que las acciones de los hombres están determinadas exclusivamente por sus antecedentes, deben tener esas acciones necesariamente cierto carácter de regularidad, es decir, que condiciones exactamente iguales tienen que producir exactamente los mismos resultados.

La estadística se nos dice que comprueba esa tesis y al efecto se nos hace ver la sorprendente regularidad que hay en los fenómenos sociales, tales como el número de asesinatos, robos, suicidios, matrimonios, nacimientos, etcétera, que en épocas anteriores se habían considerado

enteramente sujetos a libre albedrío o al acaso, y por lo tanto independientes de toda ley. Esos datos los considera Buckle suficientes para poder prescindir, tanto del acaso como de la libre voluntad del hombre, como factores en la evolución histórica.

La impresión que hoy nos causan tales deducciones es la de que el célebre historiador inglés estaba un tanto fascinado por los sorprendentes resultados que la estadística moderna empezaba a exponer a la consideración de los hombres pensadores, y que en ese estado de ánimo se dejó llevar por su fantasía a tal extremo, que creyó encontrar en la Historia la misma invariabilidad de leyes que en la física o en la mecánica. Hay en esto indudablemente una exageración, que un estudio imparcial y prolijo pone de manifiesto. Así por ejemplo, demuestra un contemporáneo de Buckle, el brillante historiador Macaulay, la manera como el acaso y el carácter de unos pocos hombres, ejercieron una influencia decisiva en el triunfo de las instituciones parlamentarias de Inglaterra, que estuvieron dos veces a punto de perecer durante el siglo XVII. La enorme importancia de esos sucesos salta a la vista si se toma en consideración que dichas instituciones habían de conducir en su natural desarrollo a la fundación y organización de la gran República de los Estados Unidos de América y que habían de servir más tarde de modelo en los países de la Europa continental. El determinismo naturalista no podrá jamás explicar satisfactoriamente el encadenamiento “necesario” de estos sucesos, destinados a asegurar el principio de libertad y de los derechos individuales en las instituciones políticas del mundo entero.

Si dejamos ahora a un lado ese extravío de Buckle, y proseguimos en el estudio de su trascendental obra, encontramos en el segundo capítulo el principio fundamental de su teoría social cuando nos dice: “Si indagamos cuáles son los agentes físicos que ejercen su influencia de la manera más efectiva en la raza humana, descubrimos que se pueden dividir en cuatro clases, que son: el clima, la alimentación, el suelo y el aspecto general de la naturaleza.”

Desarrollando esta idea, dice que mientras que las diferencias originales de raza son más o menos hipotéticas, las variaciones causadas por la diversidad de clima, alimentación y suelo, se pueden explicar satisfactoriamente, aclarando así muchos de los fenómenos históricos. Siendo íntima la relación entre estos tres agentes, es conveniente considerar su acción en conjunto y, al hacerlo así, observamos que el efecto más importante de esta acción es la mayor o menor acumulación de riqueza. Mientras que el hombre tiene que dedicar todos sus esfuerzos a la satisfacción de las más urgentes necesidades, no es posible que su espíritu pueda elevarse a conceptos de orden superior, ni



que pueda crear una ciencia; pero cuando el producto del trabajo es mayor que el consumo, se acumula riqueza y se forma una clase superior que dispone de los medios para dedicarse al estudio de las ciencias y al cultivo de las artes, de los cuales depende el progreso de la humanidad.

Hace ver en seguida el autor la manera en que el clima y la fertilidad del suelo influyen en la rapidez de la acumulación de riqueza y en el incremento de la población, que determinan ambos el salario que se paga a los jornaleros, de acuerdo con la ley de oferta y demanda, para llegar a la siguiente conclusión:

El salario fluctúa con la población, aumentando con la demanda de obreros y disminuyendo con la oferta. La población, no obstante la influencia de otros factores, depende a su vez de los medios de alimentación, creciendo cuando éstos son abundantes y permaneciendo estacionarios o disminuyendo cuando son escasos. Los alimentos son más escasos en países fríos y el hombre necesita mayor cantidad de ellos, por lo cual la población aumenta más lentamente. Éste es el motivo por el cual existe en países cálidos la tendencia a que los jornales sean bajos y en los países fríos a que sean altos.

Estas circunstancias dieron por resultado, conforme a Buckle, que las civilizaciones primitivas aparecieran primero en los países cálidos pero también que permanecieran estacionarias, a causa del estado de miseria a que se ha sujetado en esos países a las clases inferiores. En efecto, en donde los jornales son invariablemente bajos, la distribución de la riqueza, del poder político y de la influencia social tiene que ser muy desigual, mientras que en los países fríos, el clima que vigoriza el cuerpo, así como el trabajo más activo y más bien remunerado, trae consigo una mejor repartición de los productos, creadora de una civilización superior, quedando así demostrado que las relaciones entre las clases superiores y las inferiores dependen, como se decía antes, de las peculiaridades de la naturaleza del país.

Pero no solamente respecto a la creación y repartición de la riqueza, y en consecuencia respecto a la constitución política y social de las naciones, descubre Buckle la influencia de la naturaleza exterior, sino también en cuanto a la manera de pensar, dando un carácter especial a la religión, a las artes y la literatura. Los aspectos de la naturaleza se pueden dividir en dos clases: la que exalta la imaginación y la que se dirige a la inteligencia, pues aun cuando es cierto que en un espíritu bien equilibrado y completo, la imaginación y la inteligencia tienen su campo de acción separado, en la mayoría de los casos la inteligencia es demasiado débil para someter a la imaginación y restringir sus

aventuradas licencias. Así vemos, en cuanto a los fenómenos de la naturaleza, que todo lo que inspira terror y lo que excita en la mente la idea de lo vago y de lo superior a nuestras fuerzas tiene una tendencia decidida a excitar nuestra imaginación, suprimiendo la acción de la inteligencia y fomentando la superstición. De ahí proviene que, en los países en donde el aspecto de la naturaleza es imponente, las montañas altas, los huracanes y los temblores frecuentes, se inclinen sus habitantes al misticismo, y el progreso sea lento; mientras que, en donde las obras de la naturaleza son más pequeñas y débiles, el hombre adquiere confianza en sus propios esfuerzos y se despierta el espíritu de investigación. La manera distinta de concebir la naturaleza y las consecuencias que ésta trae consigo se manifiestan también en las artes y literatura de los diferentes pueblos del mundo.

Buckle incurrió en algunos errores y exageraciones, perfectamente explicables, en vista de la falta de muchos datos de que hoy disponemos, y de la enormidad de la obra que emprendió; pues no se puede considerar, en efecto, más que como una tarea magna, el haber revisado y ordenado el inmenso caos de crónicas más o menos verídicas, separando lo útil de lo inútil, para combinar los datos de tal manera que formaran un sistema que respondiera, aun cuando no fuera más que imperfectamente, a la realidad histórica. El principal error de Buckle consistió en haber desconocido por completo la importancia de las cualidades de raza y del tipo social, creado en el desarrollo histórico; cualidades que derivan de otras condiciones además de las del medio ambiente, como tendremos ocasión de ver más adelante. La teoría que el autor expone en los capítulos IV y V, conforme a la cual los progresos humanos han sido exclusivamente de carácter intelectual y no moral, se presta igualmente a objeciones muy justificadas. A pesar de esos defectos, tiene la obra de Buckle una importancia trascendental, pues constituye la primera demostración sistemática y bien desarrollada de las relaciones que subsisten entre las fuerzas de la naturaleza y el desarrollo histórico de los pueblos.

CAPÍTULO III

La raza como factor histórico

En abierta oposición a la teoría de Buckle, referente a la influencia decisiva del medio ambiente en el desarrollo histórico, que cuenta entre otros a Stuart Mill como uno de sus más decididos partidarios, se presenta el escritor francés conde de Gobineau, cuya obra titulada *Ensayo*



sobre la desigualdad de las razas humanas constituye, como dice muy bien J. Foot, un himno entusiasta a favor de las razas llamadas superiores y una cruel condenación de las llamadas inferiores, en donde han encontrado siempre argumentos los campeones de la opresión y de la persecución de los débiles.

Conforme a la teoría de Gobineau, no ha habido en la Historia más que una sola raza capaz de elevarse a un grado supremo de cultura, y esa raza, cuya existencia en tiempos prehistóricos, se asegura que nos ha revelado la filología, es la que se llamó “aria”. Esos arios, se nos dice que fueron los que llevaron la civilización, no solamente a Europa por un lado y a la India por el otro, sino aun a China y de ahí al Japón; no habiendo faltado quien asegure que los aztecas y los incas eran de origen ario. En épocas modernas, la escuela de Gobineau nos presenta a los pueblos germánicos como los más genuinos representantes de la raza aria, lo cual trae por consecuencia que la facultad de un pueblo para elevarse a mayor o menor altura de civilización dependa, según esa teoría, de la cantidad de sangre germánica que corra por sus venas.

Comprendiendo el autor probablemente la debilidad del argumento filológico para la clasificación de las razas, que es el único en que se fundó el descubrimiento de los arios, creyó conveniente dar a su teoría un carácter más científico, fundándola en los imperfectos estudios de Blumenbach y de Retzius, y dividiendo al efecto la humanidad en dos grandes grupos, según la forma de la sección horizontal de los cráneos. Esta singular teoría no toma en cuenta ni la capacidad, ni la altura ni las demás condiciones del cráneo o de la masa cerebral, sino únicamente la relación del ancho respecto a la longitud, clasificando como dolicocefalos, o de cabeza oblonga, a aquellos en que la mencionada relación es como de 8 a 10, o menos, o sea lo que se llama el índice de 80 o menor de 80. Los que tienen un índice mayor de 80, es decir cuyo ancho de cráneo es por lo menos 80 por ciento de su longitud, se les considera como braquicefalos, o sea individuos de cabeza redonda. La noble raza aria, la creadora de la civilización, según Gobineau y sus discípulos, es dolicocefala, mientras que las razas “inferiores”, dominadas por las anteriores, como son en Europa especialmente las razas celtas e iberas, son braquicefalas. Como después de haberse expuesto esta teoría se descubrió que la raza llamada “mediterránea”, y aun la mayoría de los negros del interior del África, son dolicocefalos, los defensores de la teoría a que me refiero aquí, creyeron necesario agregar que para ser considerado como ario, se necesita ser rubio, además de dolicocefalo, y con esto se creyó que estaba completa la teoría científica (!).

A fin de comprender lo insostenible de la teoría de Gobineau, hay que darse cuenta de que apenas es posible que en épocas históricas hayan existido razas puras. Se ha comprobado en efecto científicamente, que hace ya más de cien mil años que Europa estaba habitada por hombres semejantes a nosotros, y al procurar hoy día investigar el origen de éstos, el reducido periodo histórico de unos seis mil años nos puede servir únicamente para descubrir ciertos hechos y leyes, que nos dan cierta luz en cuanto a los acontecimientos más remotos, es en el presente caso la de que las razas destinadas a mezclarse constantemente, so pena de perecer, como lo demuestra suficientemente la historia de los espartanos, de los patricios romanos y de tantas otras aristocracias, que por sustraerse al proceso de amalgamación, degeneraron y se fueron extinguiendo lentamente. Si ésta ha sido la ley en tiempos históricos, no hay motivo para suponer que en tiempos anteriores haya sido distinta, y podemos por lo tanto asegurar que las razas que aparecen al comenzar la época histórica eran ya mezcladas. La llamada raza "aria", si es que fue étnicamente homogénea y no un conjunto de pueblos que hablaban el mismo idioma, habrá sido el producto de una combinación especialmente feliz, pero esto no implica que sea la mejor posible. Por lo demás, hemos tenido recientemente un ejemplo de que no hay necesidad de que un pueblo tenga sangre aria en las venas para elevarse a la mayor altura en la civilización, que es el de los japoneses, los cuales son una mezcla de ainos, mongoles y malayos.

En vista de estos hechos, no debe llamar la atención que la teoría basada en la craneología, tal como la presentó Gobineau, haya sido rechazada aun por los más notables antropólogos alemanes, a quienes debería halagar por dar satisfacción a su orgullo de raza. Especialmente Federico Ratzel hace ver que los dolicefalos y los braquicefalos están esparcidos por todo el mundo, sin distinción de raza, y que en cuanto a nuestro continente americano se han descubierto cráneos con índices desde 65 hasta 95.

No obstante esta circunstancia, Gobineau ha seguido encontrando partidarios, entre ellos al historiador inglés Chamberlain y a los sociólogos alemanes Driesmann y Woltmann, los cuales han pretendido encontrar nuevos datos que confirman la doctrina. Conforme a Driesmann la revolución inglesa del siglo XVII fue una rebelión de los germanos dolicefalos contra los celtas, o sea los normandos braquicefalos, y la Revolución Francesa, una lucha idéntica a la anterior, de los celtas contra las clases dominantes de origen germánico, mientras que en España la inquisición fue un instrumento de los celtíberos para destruir a los germanos. Salta a la vista lo absurdo de



tal interpretación de la Historia, que equivale a decir a los habitantes de cualquiera de las naciones europeas, incluso a los de Alemania, en donde también hay braquicéfalos, aproximadamente lo siguiente: “Habéis creído hasta ahora que sois hermanos y estáis equivocados. Sois dollocéfalos y braquicéfalos y habéis estado luchando durante siglos sin saberlo. Del triunfo de unos u otros depende el progreso o la decadencia de las naciones.”

Parece que esto apenas fuera digno de ser tomado a lo serio y sin embargo, aún más exagerado que Driesmann, en sus teorías antropológicas, es el antes mencionado Woltmann, el cual pretende que todos los genios que ha producido la humanidad, pertenecieron a la raza aria o germánica, que es en lo esencial la misma. Galileo, Leonardo da Vinci y Voltaire, que todos estamos acostumbrados a considerar como latinos, fueron germanos puros. Dante, Rafael, Miguel Ángel, etcétera, eran de sangre mezclada, pero el genio se lo debían a lo que tenían de germano. Alejandro de Macedonia y Julio César tenían tipo germánico, lo mismo que Napoleón, el cual descendía probablemente de los vándalos, que dominaron en Córcega a fines del siglo V y principios del siguiente.

Opina naturalmente el mismo autor, que los pueblos neolatinos deben al elemento germánico su civilización y no a la combinación de ambos elementos, sin reflexionar que con esa misma razón se podría asegurar que la Alemania de nuestros días debe su regeneración a la sangre eslava, que corre en las venas de los prusianos.

Prescindiendo ahora de seguir tomando en consideración esas extravagancias, no puede menos de ser satisfactorio el oír la opinión del ya mencionado célebre antropólogo alemán Ratzel, el cual, dice, respecto a la cuestión de razas, lo siguiente:

La civilización es la única que puede trazar el verdadero límite entre nosotros y los pueblos naturales, pudiendo afirmarse rotundamente que la noción de pueblos naturales, nada tiene de antropológica, sino que es puramente etnográfica, es decir, noción de civilización. Los pueblos naturales son pueblos de civilización pobre. Algunos pueblos naturales son pueblos de civilización pobre. Algunos pueblos dotados de relevantes cualidades pueden ser muy poco civilizados y producir por esta causa la impresión de que ocupan, dentro de la humanidad, un nivel muy bajo. Los chinos y los mongoles pertenecen a la misma raza, y sin embargo ¡cuán diferente es la civilización de unos y otros! Según recientes investigaciones, los ainos, habitantes primitivos de las islas japonesas septentrionales, tienen más puntos de contacto con nosotros, raza caucásica, que con la mongola, y sin embargo son hombres naturales, comparados con los cuales, los japoneses son

altamente civilizados. Como se ve, las razas nada tienen que ver con la civilización.

Éste es el punto de vista en que se debe colocar el observador imparcial. No hay en efecto superioridad invariable de raza alguna a través de los siglos, y en vista de que las diversidades entre los hombres no son en primer término antropológicas, sino producto de la cultura, no hay motivo para rechazar la idea de que cualquiera de las razas existentes o por formar, se pueda elevar a la mayor altura de civilización. Las razas se levantan y descienden conforme a la eficacia o deficiencia de sus condiciones sociales, así como a las circunstancias históricas, y así vemos, comenzando con los tiempos antiguos, a los persas sobreponerse a los medos; a los griegos y macedonios, sobreponerse a los persas; a los romanos sobreponerse a los macedonios y griegos, y en fin a los germanos sobreponerse a los romanos. Durante la Edad Media, el imperio germánico, el imperio bizantino y los califatos de Bagdad, Damasco y Córdoba, se disputaban el predominio del mundo, cuyo centro era el mediterráneo. En tiempos modernos se vio pasar el cetro de las supremacía universal, de España a Francia y de ésta a Inglaterra, para que al fin, en nuestros días, se lo disputen a esta última, Alemania, los Estados Unidos, Rusia y el Japón. ¿Dónde está, pues, la superioridad de raza?

Además de los que creen en la subsistencia de razas puras y en la superioridad fundamental e invariable de unas respecto a otras, hay otros que sostienen que la mezcla de dos razas disímiles da resultados desfavorables, que los mestizos y mulatos carecen de vitalidad y que heredan generalmente los defectos de las dos razas, sin heredar sus virtudes, siendo entre ellos muy general la indolencia y la perversidad de carácter. Una investigación imparcial y escrupulosa de esta cuestión, pone de manifiesto lo infundado de tales aseveraciones. La fecundidad de la raza mestiza en México y Sudamérica está fuera de duda, lo mismo que la de los mulatos en los Estados Unidos, Cuba y Haití. Con referencia a Sudáfrica, el conocido sociólogo Gumplowicz dice lo siguiente:

Pueden los boeros atribuirse la denominación de africanos, con tanta más razón, cuanto que la sangre africana está muy repartida entre ellos. El sur de África ha sido precisamente desde los orígenes de la colonia, uno de los campos de ensayo en que mejor se ha demostrado prácticamente, que aun las más diferentes razas del género humano se mezclan fácilmente con fecundidad, y puede decirse que en el África del Sur, todas las clases de la población han contribuido a poner claramente en evidencia este hecho excesivamente importante para el antropólogo.



La perversidad de carácter observada en muchas partes entre los hombres de raza mezclada tiene indudablemente causas sociales y no antropológicas, pues se presenta de preferencia en los países en donde la preocupación del pueblo dominador hacia los dominados es más intensa y en donde se les excluye con más rigor de los círculos y empleos superiores, como especialmente en los Estados Unidos y en la India inglesa. En estos países, en donde se necesita pertenecer a la raza privilegiada para poder aspirar a puestos elevados y a consideraciones sociales, no es posible que se desarrollen en las clases despreciadas instintos nobles y generosos. Nada más natural que entre las víctimas de esa constante injusticia social se desarrollen los instintos más bajos de la naturaleza humana, la hipocresía, la codicia para satisfacer los placeres materiales, la falsedad, el latrocinio, el odio a las instituciones políticas y sociales. Tan cierto es esto, que en donde los pueblos europeos han sufrido los efectos de la opresión, como ha sucedido en Turquía, se han desarrollado entre ellos idénticas malas cualidades, que las que se han observado en otras partes entre mestizos y mulatos.

En los países latinoamericanos, entre ellos México, en donde por lo general no se hacen distinciones de raza, especialmente en la vida política, no se puede descubrir más inferioridad moral que la que trae consigo la falta de educación; y en Cuba, los negros y mulatos, que gozan de los mismos derechos que los blancos, tienen un carácter moral superior al de los de la misma raza en los Estados Unidos. Este último hecho me lo confirmaron los mismos norteamericanos con quienes tuve oportunidad de tratar durante mi residencia en dicha isla.

En cuanto al producto de la mezcla de la raza india y blanca en México, creo que ha resultado tan favorable como en Chile, con la sola diferencia de que allá la amalgama es ya más completa que aquí. Ambas razas son inteligentes, fuertes, resistentes y patriotas, como lo han demostrado suficientemente en las guerras que han sostenido. Los profesores en nuestras escuelas están de acuerdo en que no hay diferencia intelectual entre sus discípulos, según su raza, y todos sabemos que un gran número de nuestros hombres más notables han sido de raza indígena o mestiza

Las cualidades físicas de la raza mestiza son también extraordinarias. Ni en Europa ni en los Estados Unidos se ve a los hombres levantar cargas tan pesadas como en México y las marchas de nuestros soldados apenas tienen su igual en otras partes. Si el pueblo es indolente, esto se debe en parte a la falta de educación, especialmente con referencia al ahorro y al deseo de mejorar de condición. Estos defectos se podrán subsanar con el tiempo, y entonces aparecerán en su verdadero valor, las cualidades que ahora permanecen ocultas.

En vista de los hechos referidos podemos asegurar, que todas las razas tienen la aptitud de elevarse al grado más alto de civilización, siempre que las circunstancias y las condiciones sociales favorezcan la evolución progresiva. Sin embargo, hay que advertir que durante el proceso de amalgamación de varias razas, cuando el pueblo no ha adquirido la conciencia de formar un conjunto orgánico, las instituciones políticas y sociales son por lo general defectuosas y los trastornos frecuentes; pero una vez que se han unificado los ideales y aspiraciones y una vez que con la homogeneidad étnica nace el espíritu de solidaridad, se constituye una nación con todas sus cualidades de fuerza, individualidad e iniciativa.

CAPÍTULO IV

La evolución de los pueblos por selección, adaptación y herencia

Sería realmente absurdo el pretender negar la diversidad en las cualidades de raza, que viene manifestándose desde tiempos inmemoriales, pero en vista de lo dicho no aparece menos cierto, que hasta ahora la superioridad de una u otra raza o pueblo, no ha sido más que un fenómeno pasajero, y que las cualidades de raza se modifican por muchos motivos diversos; lo cual equivale a decir que la teoría histórico-antropológica de Gobineau y sus discípulos es más deficiente para resolver los problemas históricos que la teoría del medio ambiente expuesta por Buckle. Como, además de eso, la combinación de ambas teorías tampoco resulta suficiente para la solución del problema, se hizo necesario recurrir a otras explicaciones o factores determinantes encontrándose éstos en efecto en las leyes de la evolución, por selección, adaptación y transmisión de cualidades individuales por herencia, las cuales investigaron y desarrollaron por primera vez científicamente Lamarck y Darwin.

Fue en efecto Lamarck el primero que en 1809 estableció en su *Philosophie Zoologique* el principio de la variabilidad y transformación de las especies, las cuales se habían considerado como si fueran inmutables desde la creación del mundo. Esta teoría no fue desde luego apreciada como merecía, ni mucho menos aprovechada convenientemente, hasta que medio siglo después renovara Darwin el estudio de esa teoría, ampliándola notablemente y agregándole la teoría de la selección, que tanto ha contribuido a explicarnos el origen, vida y desarrollo de los organismos.



Variabilidad, herencia de cualidades, fecundidad excedente y selección son los cuatro factores, que conforme a la teoría de Darwin determinan el desarrollo ascendente de los organismos.

Los hombres, que son los que aquí nos interesan, tienen como otros organismos la tendencia a reproducirse en mayor cantidad que los medios de subsistencia necesarios, y por otra parte hay en la naturaleza una ley comprobada por la experiencia, conforme a la cual los hombres transmiten a sus descendientes sus aptitudes y cualidades, pero con ciertas variaciones, favorables unas veces y desfavorables las otras.

En la lucha por la existencia, que es tanto más empeñada mientras mayor es el exceso de población, se eliminan las variedades inferiores, sobreviviendo las superiores, y de esta suerte se verifica la selección de los hombres, que transmiten por herencia sus cualidades, que bajo condiciones favorables deben ser superiores de generación en generación y que al cambiar de medio ambiente son más apropiadas a las condiciones especiales de vida en cada país determinado, siempre que la raza tenga las condiciones de adaptabilidad necesaria. Por esta razón, en los grandes continentes, en donde la lucha por la existencia ha sido reñida, se crearon razas fuertes, mientras que en donde, a causa del aislamiento, la vida fue más tranquila, como en Australia, Polinesia y las Antillas, se crearon razas débiles, que sucumbieron en breve tiempo cuando hubieron entrado en contacto con pueblos más vigorosos, venidos de allende los mares.

La humanidad en general va indudablemente perfeccionándose, pero no sucede lo mismo en cuanto a todos los pueblos o razas que la forman, y si los pueblos de Australia y de las Antillas, a que nos referimos, no sucumbieron tal vez sino a causa de que entraron en lucha con razas más fuertes, pueden producirse y se han producido efectivamente condiciones sociales, en que la selección resulta desfavorable y que la raza degenera en consecuencia. Consiste por lo tanto el problema histórico, desde el punto de vista antropológico, en indagar cuál ha sido la influencia de las condiciones sociales en la selección natural, que determinan el perfeccionamiento o degeneración de las razas y, como consecuencia, el progreso o decadencia de las naciones. Para la solución de este problema capital, son indudablemente más conducentes las teorías de Lamarck y de Darwin que las teorías de Buckle o las de Gobineau, a que antes nos referimos.

Al estudiar esas leyes de la selección natural en la lucha por la existencia, se comprende fácilmente que, entre los pueblos salvajes o semisalvajes, las cualidades esenciales para obtener éxito son la fuerza física, la agilidad, la astucia, la penetración de la vista y la sensibilidad del oído, haciéndose la selección en el sentido de que sobreviven los

individuos que poseen esas cualidades en mayor grado. Cuando los pueblos nómadas se convierten en agricultores, cambian las condiciones de selección adquiriendo mayor importancia otras cualidades, como la constancia, la laboriosidad, el ahorro, el estudio de la Naturaleza, etcétera. Viene por fin el estado de cultura superior, con el desarrollo del comercio y de la industria, en el cual la superior inteligencia y especialmente las aptitudes mercantiles y técnicas son por lo general las que elevan al individuo. Debe sin embargo advertirse que ese progreso de la sociedad hacia la civilización superior ha ido por lo general acompañado de una decadencia física y, bajo muchos conceptos, también de una decadencia moral, producida principalmente por el poder absorbente del capital, que favorece a los menos escrupulosos y fomenta la venalidad, lo cual parece haber dado lugar a que las civilizaciones consecutivas que se han desarrollado en Europa hayan tenido un carácter demasiado pasajero. Cuando sea posible un estudio minucioso y exacto de las condiciones de selección en los diferentes países y en las diferentes épocas históricas, deberá explicarnos hasta qué grado está fundada la teoría de que los pueblos cultos han gastado la fuerza y cualidades morales acumuladas por sus antecesores.

Las guerras, las epidemias y el hambre, esos tres grandes agentes de destrucción, que vemos aparecer de tiempo en tiempo, influyen en la selección de una manera más favorable entre los pueblos atrasados que entre los pueblos cultos. En las guerras entre los pueblos salvajes o semisalvajes, toma parte toda la población sucumbiendo los débiles relativamente en mayor número que los fuertes, mientras que en las guerras entre pueblos cultos son los hombres más fuertes y aptos los que se destruyen mutuamente, en tanto que los débiles son los que se conservan y propagan. Idénticos son los efectos de las epidemias y del hambre, que en los países atrasados hacen estragos entre los débiles; mientras que en los países cultos la medicina, la higiene, las instituciones de caridad y las medidas gubernativas en general salvan a gran número de individuos, de salud o constitución delicada, que en otras circunstancias no hubieran sobrevivido, y que propagan su especie con perjuicio de la raza. Como compensación de esos efectos desfavorables, debemos tener en cuenta que si la higiene salva a muchos individuos débiles, que sin ella hubieran sucumbido, por otra parte conservan la salud a muchos otros, que la hubieran perdido, si no fuera por los preceptos que establece esa nueva ciencia. Proporciona además la cultura a los hombres una alimentación más abundante y variada, que la que obtienen los pueblos atrasados, contribuyendo así eficazmente al perfeccionamiento de la raza.



La adquisición de bienes materiales y la formación de clases distintas, según su riqueza, ejerce también una influencia considerable en la selección, dándose frecuentemente casos de individuos que sobreviven únicamente con auxilio de los bienes materiales de que disponen, mientras que, por otra parte, individuos aptos de las clases desheredadas sucumben por falta de medios para hacerse valer. Ésta es la causa por la cual, en donde la propiedad se halla muy dividida, el número de hombres sobresalientes es considerable. Por lo contrario, la repartición de la propiedad entre un número reducido de personas, lo que se llama un sistema de gobierno plutocrático, produce resultados desfavorables en la selección, no solamente porque presenta a menor número de personas la posibilidad de levantarse a grande altura social, sino porque propaga los vicios en las clases superiores, desmoralizando también a las inferiores, a las cuales mantiene en un estado de miseria y de abyección que excluye todo progreso. En las clases superiores de las sociedades plutocráticas, la ociosidad, el alcoholismo y otros vicios conducen infaliblemente a la degeneración; al mismo tiempo que en las clases inferiores el agotamiento producido por el exceso de trabajo y una alimentación exigua impiden el desarrollo físico e intelectual. A esto hay que agregar que, bajo ese sistema, no son por lo general los más aptos, los pocos que logran elevarse de las clases bajas a las superiores, sino los que se prestan más voluntariamente a servir de instrumentos a los privilegiados.

El absolutismo basado en el llamado “derecho divino”, o en otras supersticiones populares, produce también resultados desfavorables en la selección, pues ninguna forma de gobierno como ésa tiende tanto a eliminar a los hombres sobresalientes y a proteger a los hombres de cortos alcances, que se someten sin objeción a las autoridades establecidas. Así es por ejemplo incuestionable que la inquisición produjo en España un deplorable descenso en las facultades intelectuales del pueblo en general, que se hizo sentir mucho tiempo después que el odioso tribunal había dejado de funcionar, siendo de sentirse que ese triste ejemplo no haya sido suficiente a impedir que en nuestros días se repita en otras partes, como especialmente en Rusia, una igual persecución a las clases más ilustradas y a los hombres más sobresalientes de la nación. Las aptitudes del pueblo en general tienen que sufrir con este sistema, de lo cual necesariamente se dan cuenta no solamente los hombres del presente, sino también los de las subsecuentes generaciones.

En vista de estos hechos comprobados por la Historia, no puede menos de imponerse la convicción de que el régimen de libertad organizada, unido a una conveniente repartición de la propiedad, es el

más conducente a una selección favorable. Es cierto que el grado de cultura que implica la organización de la libertad hace imposible prescindir de ciertas reglas de conducta desfavorables a la selección, como son especialmente las que imponen el respeto al derecho ajeno y la caridad cristiana, pero por lo demás son las condiciones decididamente favorables. Bajo un régimen de libertad e igualdad, los vicios se reducen considerablemente y, con la generalización de la instrucción, son principalmente los más aptos los que obtienen éxito y se propagan. La divulgación de los conocimientos científicos enseña al pueblo a vivir higiénicamente y despierta en el hombre la conciencia de que lo que perjudica a su salud, perjudica también a la de sus descendientes. De esta suerte tiende a perfeccionarse la raza, de generación en generación, en busca de aquel ideal grecorromano *mens sana in corpore sano*.

La doctrina de Darwin, con referencia a la sociedad, no ha dejado de ser criticada por algunos autores que hacen presente que entre los hombres no son por lo general, los más aptos, sino, como se dijo antes, los menos escrupulosos los que triunfan en la lucha por la existencia, y que por lo tanto corresponde a la sociedad corregir ese defecto, convirtiendo la lucha brutal en una rivalidad dentro de los límites de la justicia. Esa forma de rivalidad legal es en efecto la que tiende a establecer la civilización moderna, en sustitución a la lucha brutal, y se puede considerar como a la nación más culta, a aquella que logre este objeto de la manera más completa.

Desgraciadamente, esa rivalidad regularizada por los preceptos de la justicia, que en los países verdaderamente cultos ya se ha llevado a efecto hasta donde lo permite la imperfección humana, no se observa en las relaciones internacionales, en las cuales prevalece aún el derecho brutal del más fuerte, apenas modificado por los principios del derecho internacional; destacándose de esa deplorable realidad, como única circunstancia consoladora, el hecho de que en la mayoría de los casos, las naciones sucumben por sus propios vicios. Se puede asegurar, en efecto, que en igualdad de condiciones, en cuanto a población y riqueza, el pueblo más moral es también el más fuerte, porque la moralidad implica la constitución de la familia sobre bases sanas, que aseguran una descendencia robusta e inteligente, e implica igualmente la autodisciplina de los ciudadanos en sus relaciones políticas y sociales, que tienen por consecuencia una sólida organización del Estado.

Por último hay que hacer presente que la teoría del perfeccionamiento en la lucha por la existencia ha sido hecha extensiva, con buen fundamento, a fenómenos en que su autor probablemente no había pensado y que actualmente la consideramos aplicable a las escuelas filosóficas y a las religiones, según el éxito que han tenido en la lucha



por el predominio espiritual y la eficacia que han demostrado para dar consistencia a las naciones y asegurar el progreso político y social. A nadie puede ocultarse por ejemplo, la inmensa ventaja que llevan las naciones cristianas, con su separación de la Iglesia y del Estado, a las naciones mahometanas, en donde la íntima unión de los dos poderes trae consigo la inmutabilidad de las leyes y la corrupción irremediable de las clases gobernantes, como consecuencia natural de los privilegios y de la veneración misma de que gozan.

Si en los dos anteriores y en el presente capítulo hemos considerado al hombre, por una parte, en cuanto a su carácter étnico y, por otra parte, en su desarrollo físico e intelectual bajo la influencia del medio ambiente y de las condiciones especiales de vida a que está sujeto según el estado de civilización que ha alcanzado, ahora nos toca considerar en su conjunto las asociaciones humanas que llamamos “pueblos”, y que al adquirir posesión de un territorio determinado se constituyen en naciones.

CAPÍTULO V

La teoría de la evolución orgánica

Vencida la reacción teocrática de que habían sido víctimas los pueblos de Europa durante la Edad Media, y abandonada la teoría del derecho divino de los monarcas, es natural que los filósofos se dedicaran a buscar otra teoría, basada en la razón, que explicara el origen, naturaleza y objeto del Estado. Maquiavelo en el siglo XVI, Grotius, Milton y Locke en el siglo XVII y Rousseau en el siglo XVIII, establecieron como principio fundamental que las instituciones políticas son obras de los hombres, para beneficio de los mismos, sujetas, por lo tanto a ser modificadas o revocadas a juicio de los interesados, y esa teoría se sostuvo a pesar de que Montesquieu había hecho resaltar la importancia del desarrollo histórico, así como la dependencia mutua de las diferentes partes de la organización gubernativa basada en la naturaleza humana y en las condiciones especiales de cada país. En la segunda mitad del siglo XVIII, fue la disolvente teoría del contrato social de Rousseau la que prevaleció en la opinión pública, es decir, la ciega fe en la omnipotencia legislativa para transformar a los hombres lo mismo que a los pueblos, error fatal que condujo a aquella serie de utopías políticas, de desastres económicos y de inauditos errores de la Revolución Francesa, que pinta Taine con mano maestra en *sus Orígenes de la Francia contemporánea*.

Desechada la teoría del contrato social después del fracaso de la Primera República Francesa y desprestigiado el cesarismo militar después de los desastres sufridos por Napoleón I, pretendió la escuela teológica restablecer su antiguo dominio bajo la protección de la llamada “Santa Alianza”, pero como esta escuela carecía de la fuerza reconstructiva necesaria, surgieron nuevas teorías políticas de corta vida, como la de Hegel, que era un conjunto místico-especulativo destinado a servir a los intereses de la burocracia prusiana, o a la de Benjamín Constant que era una sistematización de las prácticas políticas de Inglaterra, los Estados Unidos y Suiza, ya sancionadas por la experiencia en esos países, a las cuales se agregaron otras teorías que, como éstas, carecían de una verdadera base científica.

Hallándose la ciencia política en ese estado de anarquía y desorientación fue cuando Augusto Comte, descubriendo la analogía que hay en la estructura y funciones vitales de los organismos, por una parte, y de las asociaciones humanas, por otra, emprendió la creación de una nueva ciencia social que llamó “sociología” y que fundó en los principios de la biología. El enorme progreso que esta teoría trajo consigo consistió en que desde entonces se empezó a generalizar la idea de que las sociedades humanas son entidades de carácter especial, sujetas a leyes determinadas, en que las especulaciones teológicas o metafísicas son incapaces de explicar y que el capricho de los legisladores no viola nunca impunemente.

Augusto Comte tuvo en Herbert Spencer un digno sucesor, continuador de su obra, que no solamente amplió y perfeccionó ésta, sino que le dio una forma más adecuada a las exigencias científicas. Conforme a la teoría de Spencer, estamos autorizados a considerar las sociedades humanas como verdaderos organismos, en vista de que las relaciones permanentes que existen entre sus partes son análogas a las que existen en un cuerpo vivo. Las sociedades concuerdan con los organismos animales, en que comenzando por pequeños agregados aumentan insensiblemente su masa, en que mientras que al principio son de tan sencilla estructura, que podría suponerse que carecen de ella, en el curso de su desarrollo la complejidad de su estructura aumenta continuamente, en que la dependencia de las partes, que apenas existe en el estado primitivo, va aumentando hasta que al fin llega a ser tan grande, que la actividad y la vida de cada parte sólo es posible merced a la actividad y a la vida del resto y, en fin, que la vida y desenvolvimiento de una sociedad son independientes y más prolongados que los de cualquiera de sus unidades componentes, las cuales nacen, se desarrollan, trabajan, se reproducen y mueren en tanto que el cuerpo político compuesto por ellas sobrevive generación tras ge-



neración, aumentando su masa, perfeccionando su estructura y actividad funcional. No se ocultó a Spencer que al lado de esas analogías se presentan ciertas diferencias entre las sociedades y los organismos animales, como es el hecho de que las sociedades no tengan una forma externa particular, que los elementos vivos de una sociedad no forman una masa continua, sino que están más o menos dispersos sobre un territorio determinado, que los elementos vivos de una sociedad, en vez de estar fijos cambian en gran parte constantemente de lugar, y en fin que mientras que en el cuerpo de un animal solamente un tejido especial esté dotado de sensibilidad, en la sociedad todos los miembros sean sensibles. Spencer procura explicar que estas diferencias son en su mayor parte más aparentes que reales y en tal virtud insiste en asimilar la sociedad, en lo esencial, a los organismos animados, tanto en cuanto a su constitución como en cuanto a su desarrollo. Fascinado por las mencionadas analogías, como Buckle había sido fascinado por los sorprendentes datos de la estadística, Spencer se convirtió, como ese gran historiador contemporáneo suyo, al determinismo naturalista, o sea el fatalismo estéril, que no deja lugar ni para el acaso, ni para la iniciativa individual, convirtiendo la historia en uno de tantos detalles de la evolución cósmica, que los hombres pueden aspirar a comprender, pero jamás a modificar. Es éste el motivo por el cual la sociología de Spencer, a pesar de su valor científico incontestable, es singularmente ineficaz en sus aplicaciones prácticas.

Spencer llegó a estas conclusiones inexactas, porque a pesar de lo mucho que avanzó en sus investigaciones no penetró, sin embargo, suficientemente la naturaleza de las relaciones sociales para comprender claramente la diferencia que hay, a pesar de las analogías, entre la sociedad y el mundo animal, lo cual dio lugar a que ya en su tiempo, el doctor Huxley lo refutara de una manera convincente poniendo de manifiesto la diferencia fundamental que se descubre al considerar que, si en los organismos animales los órganos realizan invariablemente sus funciones bajo una dirección central, en las sociedades depende la acción colectiva, más o menos de la acción de las partes. De acuerdo con esto, expone el doctor Huxley algunas consecuencias inadmisibles a que conduce la teoría orgánica de Spencer en los términos siguientes:

Supongamos que, de acuerdo con esta teoría, sostuviese el músculo que el sistema nervioso no tenía derecho a intervenir en su contracción, salvo para prevenir la contracción de otro músculo o que cada glándula afirmase su derecho a excretar, mientras su secreción no perjudique la otra, supongamos que cada célula aislada fuese libre de atender a sus propios "intereses" y el *laissez-faire* lo dominase todo, ¿qué pasaría con el cuerpo fisiológico?

Esta crítica apenas admite réplica y, sin embargo, no alcanzó a impedir que la teoría orgánica extrema, que identifica a la sociedad casi por completo con el organismo animal, siguiera haciendo discípulos tales como Lilienfeld, Schäffle, Bluntschle, Novisow, etcétera, los cuales lograron formar un sistema de simbolismos biológicos que, por lo mismo que aparece como un conjunto completo y armónico, se aviene mal al progreso.

El problema de la Historia que es el que aquí más nos interesa, Spencer lo define en los términos siguientes:

Lo que constituye realmente la Historia ha sido omitido en lo general en las obras que se refieren a ésta y ha sido hasta últimamente cuando los historiadores han empezado a darnos informes verdaderamente útiles. Así como en los tiempos pasados el rey era todo y el pueblo nada, así también en las relaciones de los autores de otras épocas, los hechos de los reyes llenan casi todo el cuadro dejando a la vida nacional tan sólo un lugar insignificante. Hoy día es, por el contrario, la prosperidad de las naciones la que nos interesa de preferencia a la de los gobernantes, y los historiadores empiezan a preocuparse de los fenómenos del progreso social. Lo que más nos interesa es conocer la historia natural de la sociedad. Necesitamos conocer los hechos que nos revelen la manera como las naciones han crecido y se han organizado. Entre estos hechos necesitamos conocer, naturalmente, los que se refieren al gobierno fijando la atención lo menos posible en los hombres que constituyen éste, y lo más posible en la estructura, principios, métodos, prejuicios, corrupción, etcétera, que predominen, incluyendo no solamente la naturaleza y actos del gobierno central, sino también de los gobiernos locales, hasta en sus más ínfimas ramificaciones. Necesitamos conocer igualmente el gobierno eclesiástico, su organización y sus relaciones con el Estado, las ceremonias, creencias e ideas religiosas, no solamente las manifestaciones externas de estas dos últimas, sino su fondo mismo. Necesitamos también conocer el predominio que han ejercido unas clases sobre otras, que se manifiesta en las observancias sociales, en los títulos, formas de saludo, etcétera. Necesitamos también saber cuáles han sido las otras costumbres, que constituyen la vida popular, dentro y fuera del hogar, incluyendo las relaciones entre los dos sexos y entre padres e hijos. En seguida necesitamos una descripción del sistema industrial, de la división y manera de regular el trabajo, de las relaciones entre patronos y trabajadores, de la manera de distribuir las riquezas y, en fin, de las vías de comunicación y sistema monetario. En seguida se necesita una descripción de las condiciones intelectuales de la nación, no solamente en cuanto a la educación que el pueblo recibe, sino en cuanto al progreso de las ciencias y de las ideas predominantes, el grado de cultura estética, que se manifiesta en la arquitectura, escultura, pintura, trajes, música, poesía,



etcétera. Para completar el cuadro necesitamos en fin de una exposición de la moral teórica y práctica de las diferentes clases de la sociedad, que se manifiesta en las leyes, costumbres, proverbios y acciones. Todo esto debería exponerse con claridad y exactitud, bien arreglado, para que se comprendan las relaciones de unas partes con otras, así como las transformaciones que las creencias, instituciones y costumbres van sufriendo en las épocas sucesivas. Ésta es la única clase de informaciones que pueden ser de utilidad a los hombres para arreglar su conducta. La única Historia que tiene valor práctico es la que podemos llamar “sociología descriptiva”, siendo la más digna misión que corresponde al historiador de describir así la vida de las naciones, proporcionando materia para una sociología comparativa que tenga por objeto determinar las leyes que rigen los fenómenos sociales.

Reconociendo plenamente que este concepto de la Historia significa un extraordinario progreso, respecto a los que hasta entonces predominaban, no se puede menos de hacer presente, que no corresponde más que en parte a las ideas que se han venido imponiendo, como consecuencia de bien meditados estudios. De acuerdo con su teoría orgánica de la sociedad, Spencer considera el desarrollo de los pueblos, de la misma manera que se podría considerar el desarrollo de una planta o de un animal, suprimiendo por completo el acaso y la iniciativa individual. Lo que procura ante todo es poner de manifiesto, por medio de la observación y la comparación, las leyes conforme a las cuales van apareciendo los hechos. Por este motivo nos habla de la “Historia natural de las sociedades”, opinando que los historiadores deberían referir lo “más posible de las instituciones y lo menos posible de los hombres”, pues niega que estos últimos, aun los más sobresalientes, puedan modificar el proceso social, asegurando en fin que la verdadera Historia debe consistir en lo que podemos llamar sociología descriptiva. La coronación de la obra, una vez que se dispusiera de material suficiente, sería la “sociología comparativa”, es decir, una clasificación de los pueblos idéntica a la que se ha adoptado para las plantas y los animales en la botánica y la zoología.

Tal generalización de la teoría biológica es inadmisibles, en cuanto a que se desconoce la importancia de la psicología, refundiéndola en la fisiología e identificando el desarrollo de la humanidad con el desarrollo orgánico general. Es cierto que no pocos hombres de ciencia opinan que ya ha llegado el caso de aceptar todas las consecuencias que se deducen de la teoría de Spencer, conforme a la cual “las últimas generalizaciones de la psicología y de la fisiología son expresiones del mismo proceso fundamental de la vida” y que interpretan esta sentencia, procurando reducir a leyes biológicas los fenómenos psicológicos y

sociales. ¿Pero conocemos acaso ese proceso fundamental de la vida? Evidentemente que no, y por esto mismo no sabemos tampoco de dónde parte el impulso primordial, que es lo que aquí interesa. Si reflexionamos además que los conocimientos que tenemos de la biología no son como los de las demás ciencias, más que el resultado de un proceso psicológico, no podemos menos que considerar irracional el subordinar las más claras percepciones directas de nuestra inteligencia, es decir, del instrumento mismo de investigación de que disponemos a las leyes que por medio de éste creemos haber descubierto y que, en vista de nuestra propia imperfección, han de ser por lo menos también imperfectas. Lo primitivo, lo incuestionable en filosofía es el proceso psicológico, y no sin razón partió Descartes del axioma *Cogito ergo sum* [pienso, luego existo] al establecer su sistema, mientras que lo derivado y en consecuencia sujeto a error, el proceso biológico, tal como actualmente lo conocemos, pues no sabemos hasta qué grado la coordinación que observamos en los fenómenos es real y hasta qué grado se halla solamente en nuestro espíritu que la percibe, como no sabemos tampoco cuánto es lo que se sustrae por completo a nuestra observación. No es en efecto posible dejar de admitir que la ciencia está muy lejos de presentar un conjunto armónico, tal como lo soñó Spencer, y que subsiste aún una falta de continuidad infranqueable entre el mundo orgánico y el inorgánico, como lo hay entre la vida material y la vida intelectual. Si los fenómenos biológicos no se pueden explicar por las leyes de la física y la química, tampoco se pueden explicar los fenómenos psicológicos por las leyes de la fisiología. Al desconocer esta verdad, aun cuando no sea más que implícitamente, se convierte el positivismo de científico en dogmático condenándose a la misma inmovilidad que es propia de la teología.

Reconociendo debidamente la íntima relación que subsiste entre la biología y la psicología, hay sin embargo que distinguir, tomando en cuenta el estado actual de la ciencia, de una manera muy marcada no solamente entre esas dos ciencias sino también entre la psicología animal y la psicología humana. Entre todos los seres que habitan en el mundo, el hombre es el único que se rige por leyes de la inteligencia consciente, el único capaz de adaptarse a las condiciones sociales sancionadas por la experiencia, de utilizar los conocimientos adquiridos por anteriores generaciones, de comprender el pasado y aprovechar sus enseñanzas para prevenir el porvenir. El hombre es igualmente el único ser que tiene una moral consciente y progresiva, independiente de los simples afectos e instintos animales y de utilidad material.

Que la biología es impotente para explicarnos de una manera satisfactoria algunos de los más trascendentales problemas históricos



salta a la vista. Así se nos presenta, por ejemplo, en el Viejo Mundo el problema de las causas que produjeron en los pueblos de oriente y occidente civilizaciones radicalmente distintas, inclinándose los pueblos orientales a la inmovilidad contemplativa, mientras que los occidentales están por lo general poseídos por el espíritu innovador, de tal suerte que aún en nuestros días, los pueblos asiáticos aceptan el mahometismo fatalista y rechazan el cristianismo en la forma en que se lo ofrecen los orgullosos pueblos europeos. Se ha pretendido explicar esa diferencia por las condiciones climatológicas del Asia Menor, Siria, Persia y la India, por una parte, Grecia, Italia, por la otra, a las cuales condiciones se atribuye el haber determinado, en su origen el carácter de las dos civilizaciones, pero las investigaciones referentes a este asunto han abarcado un campo demasiado limitado, para que a sus conclusiones se les pueda dar un carácter universal. Si por otra parte consideramos que América y el Viejo Mundo ofrecen la misma variedad de climas, ¿cómo explicar la diferencia radical de sus condiciones políticas y sociales en la época precolombina? Si la Historia no es más que un detalle del proceso cósmico, idéntico a los de los demás fenómenos de la naturaleza, ¿cómo explicar por ejemplo la sorprendente transformación política y social del Japón en los últimos 50 años, demasiado rápida para una evolución biológica, y que por otra parte no responde de manera alguna a una modificación del medio ambiente?

A todas estas cuestiones el determinismo biológico no tiene contestación medianamente satisfactoria, siendo por lo tanto natural que, para acercarnos en lo posible a la solución de tales problemas, sea indispensable servirnos en primer término de la psicología, fundada en la experiencia, la observación interna y la especulación razonada. Al proceder así en las subsecuentes dilucidaciones, se incluirá naturalmente la evolución económica, puesto que la producción y repartición de los bienes materiales están sujetas en gran parte a las leyes de la inteligencia consciente. En el mundo animal se observa un desarrollo material, pero la evolución económica es esencialmente humana y obedece por lo tanto en gran parte a las leyes de la psicología.

CAPÍTULO VI

La escuela histórica empírico-psicológica

Explicados los motivos que justifican, a mi juicio, no solamente que se considere la psicología como una ciencia independiente de la fisiología, sino que se le asigne el lugar preponderante entre las ciencias auxiliares

de la Historia, se ha visto sin embargo que no pretendo negar que haya íntimas relaciones entre esas dos ciencias. Lo que he afirmado es que las investigaciones científicas no han puesto de manifiesto, hasta ahora, más que ciertas influencias de los fenómenos psicológicos en los fenómenos fisiológicos y de éstos en aquéllos, que no autorizan todavía por cierto a derivar una ciencia de la otra. Pero por imperfectos que sean nuestros conocimientos en cuanto a esas relaciones, es indudable que son suficientes para comprender que la independencia de la psicología, a que aquí me refiero, no es más que relativa, y que para nuestro objeto, se hace necesario fijar en lo posible sus límites y condiciones. Este problema es el mismo que el de la importancia de la libertad en oposición al determinismo, que tanto ha preocupado a teólogos, filósofos, sociólogos e historiadores.

Conforme a la teoría determinista, el individuo es psicológicamente el producto exclusivo de sus cualidades innatas y de las influencias sociales, una especie de autómatas, que cree tener voluntad independiente porque no conoce sus causas. La Historia viene a ser, conforme a esa misma teoría, un encadenamiento fatal, que puede ser convertido por medio del estudio, en una ciencia que en exactitud se pueda comparar a la física, de acuerdo con las teorías de Buckle y Spencer. Los partidarios del libre albedrío opinan, por lo contrario, que la voluntad es una fuerza independiente, que determina nuestros actos y que de esta suerte la Historia viene a ser el producto de la voluntad de los hombres, modificada por el acaso. ¿En cuál de estos dos puntos de vista debe colocarse el historiador?

Si la Historia tuviera todas las condiciones de una ciencia, tendríamos que empezar por resolver esta cuestión, pero por ahora no es a la Historia a la que corresponde resolver esa clase de problemas; su carácter es principalmente empírico y por este motivo tiene que colocarse en el terreno de la experiencia fenomenal, aprovechando los descubrimientos científicos, realmente comprobados. Ahora bien: la experiencia nos dice que no podemos explicar satisfactoriamente el desarrollo histórico si nos atenemos en nuestras investigaciones y deducciones exclusivamente a cualquiera de los dos referidos principios opuestos.

La influencia que ejerce el carácter variable de los hombres, especialmente el de los hombres de genio en el desarrollo histórico, no lo puede negar ni el más decidido determinista y, para que éste nos demostrara la exactitud de su teoría, necesitaría probarnos que las leyes naturales han traído necesariamente consigo, que tal época y en tal lugar naciera un hombre de tal o cual carácter; que la educación que éste recibió, tuvo que ser precisamente la que las leyes de la naturaleza le tenían preparada, que no era posible que perdiera la vida antes



de cumplir su misión, etcétera, etcétera. Por otra parte se nos tendría que demostrar, que ciertos acontecimientos, que hasta ahora hemos considerado como casuales, fueron la consecuencia natural de tales o cuales circunstancias necesarias. Se comprende fácilmente la imposibilidad de tal demostración, a falta de la cual, el determinismo absoluto resulta deficiente en las investigaciones históricas.

Si el determinismo es incapaz de comprobar la regularidad absoluta de las leyes históricas, la teoría del libre albedrío y del acaso nos conduce a su vez a la más completa anarquía. Conforme a esa teoría, no podría haber leyes históricas de ninguna especie, ni desarrollo histórico, sino un constante desorden producido por el capricho y los sucesos casuales. Todos sabemos que no es tampoco así como pasan en realidad las cosas y que si las leyes históricas no son absolutas, su existencia es sin embargo incuestionable. El historiador que no se haya apasionado por un principio preconcebido tiene en consecuencia que colocarse entre esos dos principios y reconocer que el libre albedrío y el acaso existen dentro de ciertos límites y que la Historia es un encadenamiento de sucesos, que tiene como factores no solamente lo necesario sino también lo accidental, y entre lo accidental debe contarse la aparición de grandes hombres que determinan, en mayor o menor grado, el desarrollo de los acontecimientos.

Con referencia a este fundamental problema, hay además que hacer presente que no solamente en el campo de la experiencia práctica, sino también en el de la filosofía especulativa, se ha procurado llevar a efecto una conciliación entre los dos principios opuestos de libertad y determinismo. Aun reconociendo que no hubiera más fuerza determinante en el carácter de los hombres que las facultades innatas y la influencia social, el filósofo francés Alfredo Fouillée hace ver, en efecto, cómo la idea de libertad, que penetra y se desarrolla en el cerebro humano, produce el efecto del libre albedrío dentro de ciertos límites. El proceso por el cual las sensaciones se convierten en emociones, y éstas en impulsos, debe tener sus leyes precisas, pero no las conocemos, ni podemos prever con exactitud el carácter y fuerza de esos impulsos, lo cual implica que el libre albedrío viene a ser un hecho práctico, dentro de los límites que marcan nuestros conocimientos, en cuanto a la psicología individual y social. ¿A qué nos puede conducir el desconocer este hecho diariamente observado? A mi juicio sólo a ofuscar nuestro criterio, desprendiéndonos de la realidad conocida, para entregarnos a las hipótesis. La Historia no debe adoptar tales procedimientos, siendo incuestionable que presta mayores servicios a la ciencia observando e investigando los hechos comprobados en su natural enlace, tal como lo demuestra la experiencia, que haciendo

deducciones, por lo menos prematuras, basadas en la biología y en el determinismo.

La eficacia práctica de la idea de libertad, tanto en la conducta del hombre como en las tendencias sociales, la expone Fouillée de una manera convincente. El dominio sobre nuestras pasiones, nos dice con mucha razón ese autor, solamente es posible a causa de la idea que hemos adquirido de que hay una fuerza superior a ellas y esa idea es la de nuestra libertad de acción, conforme a los dictados de nuestra conciencia. Mientras el esclavo o el súbdito de un monarca absoluto considera su estado como una consecuencia de un orden inmutable, establecido por la Divinidad o por cualquiera otra fuerza superior, se conformará con su suerte y no intentará resistencia, ni procurará mejorar de condición, lo cual explica que los pueblos más fatalistas en el orden religioso, sean los más abyectos en el orden político. Pero desde el momento que nace la idea de libertad, cambia el pueblo de conducta, porque la idea de libertad despierta el deseo de mejorar de condición y esto trae naturalmente consigo todas las condiciones del progreso. La idea de libertad es por lo tanto una “idea-fuerza”, como la llama Fouillée, independiente del medio ambiente, de la raza y del desarrollo biológico. Así la debemos considerar al menos, mientras no se nos demuestre cuáles son las leyes de la naturaleza que producen la idea de la libertad y en qué condiciones “fisiológicas” empiezan a funcionar.

Hay por lo demás que hacer presente que, así como hay “ideas-fuerzas” que determinan el progreso, hay otras que podríamos llamar “de inercia” o “atrofiantes”, como son las que nos inducen a la resignación, la de que el trabajo deshonra y otras que suelen aparecer entre los pueblos degenerados o ignorantes. En cuanto a la idea de igualdad, opina Gustav le Bon, que ha sido perjudicial por descansar en una ilusión. Por mi parte soy de opinión enteramente contraria, pues aun cuando la igualdad absoluta sea irrealizable, tanto la moral como el interés de los pueblos nos indica que debemos procurar establecerla dentro de los límites de lo posible. La idea de igualdad es una idea-fuerza favorable al progreso, mientras que la teoría de la desigualdad innata ha sido siempre un argumento favorito de todos los tiranos y un pretexto para cometer toda clase de atropellos y de infamias. El hombre propende siempre al abuso, cuando no tropieza con una fuerza que se le oponga; se inclina fácilmente a considerarse de pasta superior a la de sus semejantes cuando lo eleva la fortuna, y ese orgullo fundado en una supuesta superioridad natural, suele estar en relación inversa al mérito de la persona. Es éste un fenómeno que se repite constantemente en la Historia y que, por desgracia, es de suponer que seguirá repitiéndose indefinidamente.



El destino de la humanidad es vivir en una lucha constante, que tiene dos caracteres distintos: la lucha por la existencia, que es común a todos los organismos, y la lucha producida por las ideas, de que se trata especialmente en este capítulo y que es esencialmente humana. En las épocas primitivas esa lucha es de todos contra todos y, mientras más se recrudece, tiende más a producir en cada individuo o familia, el deseo de entrar en arreglos o transacciones con los vecinos que tengan más inmediatos a sus habitaciones, para repartir y asegurar los productos del suelo y de la caza o pesca, naciendo de estos arreglos la idea del derecho ajeno, que conduce a la formación del clan o tribu. En la tribu nace a su vez, en la lucha con otras tribus, una nueva idea-fuerza, que es la de la solidaridad. Esta nueva idea es de las más potentes, y cuando, gracias a ella, una tribu se sobrepone a otras por medio de la conquista, reduciendo a los vencidos a la esclavitud y forzándolos a labrar la tierra, nace la idea del Estado. Es por lo tanto evidente que, por más que la organización del Estado tenga principalmente por objeto realizar fines materiales, su origen es verdaderamente psicológico. Fouillée explica el proceso que conduce a esa organización, en los términos siguientes:

Un conjunto de hombres se convierte en una verdadera sociedad, cuando los hombres conciben, más o menos claramente un tipo de organismo que pudieran formar al unirse efectivamente, bajo la fuerza determinante de este concepto. Se nos presenta entonces un organismo, que existe porque así ha sido ideado y deseado, es decir, un organismo nacido de una idea, y puesto que la idea común implica una voluntad común, resulta un organismo por contrato. Indudablemente un contrato de esta especie no se ha realizado nunca entre los hombres, pero es la base de toda sociedad, y es por lo que ésta se convierte de animal en humana.

Vemos aquí reaparecer la idea del contrato social, concebida por Rousseau, pero mientras que, conforme a este célebre pensador del siglo XVIII, ese contrato había sido perfectamente libre y consciente, y por lo tanto revocable a voluntad de los interesados, conforme a Fouillée, las ideas que conducen a la formación de la sociedad fueron un producto en parte inconsciente, de ciertos deseos y necesidades impuestos por las circunstancias. Toda agrupación político-social adquiere de esta suerte cierto carácter orgánico, que excluye la posibilidad de que sea disuelta a iniciativa de los mismos individuos que la forman.

Se infiere de lo dicho, que las ideas no brotan de la nada, sino que se van produciendo o modificando lentamente, conforme la sociedad se va

desarrollando. El medio ambiente y las condiciones sociales tienen naturalmente una gran influencia en la formación de estas ideas, pero esto no implica que las determinen de una manera absoluta. Desde que aparecen, tienen ya las ideas su carácter psicológico particular, y mientras más fuerza adquieren, mayor es su independencia de las influencias del medio ambiente. No hay en efecto que olvidar la diferencia fundamental entre el hombre y el animal, con referencia a esta cuestión, que consiste en que, mientras que el animal sufre sin resistencia la transformación que le impone el medio, el hombre reacciona y transforma el medio, aun cuando no se pueda sustraer por completo a su influencia. Éste fue el hecho que desatendieron Buckle y Spencer en su afán de derivar el desarrollo histórico de las leyes ya conocidas de la naturaleza.

Bajo la influencia del medio ambiente y de las ideas que sugiere la lucha por la existencia y la aspiración a obtener mejores condiciones de vida, se formaron las primeras agrupaciones humanas, pequeñas al principio, pero que por refundición y conquista, fueron adquiriendo mayores proporciones, hasta formar pueblos y naciones. Es natural que cada pueblo así formado se distinguiera de los demás por determinados rasgos característicos, físicos e intelectuales, resultantes de las condiciones de su desarrollo histórico, siendo esos contrastes de pueblo a pueblo, los que han dado lugar a que se suponga a la humanidad dividida en grandes grupos o razas, antropológicamente distintos. En esto último hay un error. Las razas, que en realidad se deberían designar más bien con el nombre de “tipos sociales”, son el producto de circunstancias prevalecientes durante largos periodos históricos, pero que se modifican lentamente, cuando esas circunstancias cambian. A la Historia y a la sociología corresponde analizar las condiciones de esos cambios, es decir, indagar y exponer las leyes, conforme a las cuales se produce la transformación de los pueblos.

Dada la importancia que tiene la fuerza de las ideas en esa transformación, es natural que casi todos los historiadores modernos, que se deshicieron de la influencia teológica, procurasen exponer el desarrollo histórico como un encadenamiento lógico de los sucesos, bajo la dirección de la inteligencia humana, pero modificado ocasionalmente por los sucesos casuales. De éstos fue, como se dijo en el capítulo I, el célebre Maquiavelo, el cual ya en el siglo XVI se colocó de nuevo en el punto de vista de los antiguos historiadores griegos y romanos, pero sin encontrar por entonces continuadores de su obra, realmente notables, hasta que en el siglo XVIII aparecieron Montesquieu, Voltaire, Hume, Gibbon, etcétera.

Como ya se dijo antes, fue Montesquieu el primero que reconoció la influencia del medio ambiente en la organización política y social



de los pueblos, pero no obstante esta circunstancia, tienen sus obras históricas un carácter más bien orgánico-psicológico que no físico-determinista, como el de Buckle. Así, por ejemplo, nos dice:

La ley general que domina a los pueblos es la razón humana y las leyes particulares deben ser por lo tanto la aplicación de esa razón a las circunstancias especiales. Deben en efecto corresponder las leyes al pueblo para el cual se han dado, teniendo en cuenta las condiciones del país, su clima, su naturaleza, su posición y su extensión, así como las costumbres del pueblo, su religión, el grado de libertad que soporta, su riqueza, relaciones mercantiles, etcétera. Todas estas condiciones son las que deben determinar el espíritu de las leyes.

Voltaire, en su obra titulada *Essai sur les mœurs et l'esprit des nations*, hace un estudio histórico-comparativo de las diferentes naciones de la tierra y de su cultura, atacando duramente los dogmas religiosos, las supersticiones y los abusos del clero, pero sin atreverse a atacar la monarquía. “En todas las naciones, así nos dice, la Historia ha sido desfigurada por la fábula, y cuando aparece la filosofía para hacer la luz encuentra a los hombres tan cegados durante los siglos de tinieblas, que apenas puede hacerles comprender sus errores.” Estas palabras indican la tendencia del autor a derribar el orden establecido, pero sin explicar lo que debería sustituirlo. Voltaire no fue un espíritu sintético, sino más bien destructor de instituciones caducas y de tradiciones nocivas, en lo cual se distingue, no solamente de Montesquieu, sino también de dos historiadores que han sido considerados como discípulos suyos, Hume y Gibbon.

Hume describió por primera vez en su *Historia de Inglaterra* el íntimo enlace de las diferentes actividades de la vida política y social de una nación, mientras que en sus escritos referentes a la religión no se limitó a criticar lo existente, como Voltaire, sino que se dedicó a indagar el origen psicológico de las religiones, exponiendo la falsedad de la idea, generalmente admitida, que la creencia en un solo Dios es la natural y la primera que adoptaron los pueblos; procurando probar el contrario, que el politeísmo fue la creencia más natural de los pueblos primitivos.

Gibbon, a su vez, fue el primero en presentar un cuadro armónico y comprensible, no solamente de un largo periodo de la Historia, sino de un conjunto de pueblos y naciones distintas, como fue el Imperio Romano, desde el tiempo de Augusto, hasta la completa destrucción del Imperio de Oriente por los turcos. Esta *Historia de la decadencia y ruina del Imperio Romano* constituye en gran parte un estudio basado en la psicología empírica, y no sin razón dice Guizot que en esa obra se descubren fácilmente bajo la toga de los antiguos, los mismos caracteres que

observamos hoy día bajo nuestros trajes modernos; sin pretender por lo demás dar a este hecho una interpretación favorable al determinismo histórico. En cuanto al movimiento cristiano, dice Gibbon: “Para el teólogo puede ser una gran satisfacción el describir la religión como descendida del cielo, adornada con su primitiva pureza; pero el historiador tiene una misión menos grata; la de exponer a la vista de sus lectores, la inevitable mezcla de error y corrupción, que tenía que aparecer, entre una raza, en gran parte ignorante o degenerada.”

Como perteneciente a la misma escuela psicológica independiente, podemos considerar al historiador Sismondi; en sus obras escritas en la primera mitad del siglo XIX, hace ver, como más tarde Ranke en Alemania, la necesidad de escribir la Historia como realmente fue y no como nos la han transmitido las crónicas escritas en el tiempo mismo de los acontecimientos, por haber tenido éstas casi siempre por objeto el enaltecimiento de los hechos de los gobernantes, o de los pueblos, para cuyo solaz estaban destinadas. La Historia imparcial y verídica constituye, conforme a ese autor, la base de las ciencias sociales. Al efecto dice en su *Historia de los franceses* lo siguiente:

No procuraremos exaltar la gloria, ni hacer más punzante la vergüenza de los reyes o de los pueblos, así como tampoco exageraremos sus virtudes o sus vicios. Nunca nos detendremos a preguntar, si el lector, después de oír lo que vamos a referir, tendrá mayor o menor afecto a la Francia, si sufrirá su orgullo patrio, o si será mayor o menor su respeto hacia las leyes, religión y tradiciones de su patria. No sentimos la confianza necesaria en nuestras opiniones, que nos hiciera preferir a la experiencia, una doctrina cualquiera, que nos indujera a tratar a nuestros lectores como niños grandes a quienes no revelaríamos más que las verdades que considerásemos convenientes para ellos. Todas las verdades deben ser conocidas según su importancia, y de su conjunto deduce la razón pública sus reglas fundamentales. Nuestra misión consiste en investigar lo que realmente ha existido, y en reunir y exponer a la vista de todos, el resultado de nuestros estudios.

Indudablemente, esas sabias reglas del célebre historiador, escritas hace casi un siglo, no han perdido nada de su valor, y sus observaciones se pueden recomendar sin reserva, a todo aquel que se dedique a los estudios históricos.

Al mismo tiempo que Sismondi escribía su *Historia de los franceses*, empezó Guizot, uno de los más célebres historiadores del siglo XIX, a publicar sus obras, de las cuales son las más conocidas, la *Historia de la revolución de Inglaterra*, la *Historia de la civilización en Europa* y la *Historia de la civilización en Francia*. Guizot escribió desde el elevado punto de



vista del hombre de Estado y del filósofo, por lo cual fue criticado algunas veces con bastante dureza, además del otro cargo que se le hacía de ser demasiado doctrinario. Se le reprochaba que no se fijara suficientemente en ciertos detalles característicos de la vida popular, que en su conjunto explican muchas veces los grandes acontecimientos. La vida humana se compone, más que de grandes espectáculos y manifestaciones, de un conjunto de innumerables relaciones, que se manifiestan en toda especie de escenas, trágicas o cómicas, poéticas o prosaicas, grandiosas o mezquinas, pero todas ellas significativas de un medio social particular. Por este motivo, así se decía, el historiador debe ser alternativamente amable, sublime, trivial o terrible y que Guizot tenía el defecto de ser siempre el mismo.

A Taine no le pareció justificada la crítica, en cuanto al punto de vista en que se colocó el autor, haciendo presente que el objeto que se propuso éste, fue el de escribir historia política y que para hacer esto bien, no se debe hacer otra cosa. Un espíritu exacto no debe mezclar los géneros, según su opinión. Con referencia a la *Historia de la revolución de Inglaterra*, del mencionado autor, nos dice:

Si queréis pintar al pueblo, tendréis que mezclarlos con él; estudiar su carácter y variables sentimientos; recorreréis con él las tabernas, los cuarteles y las iglesias; os libraréis a la discusión y a la declamación; podréis reír de Cromwell o temblar con Buyran. Ninguna preocupación grave arrugará vuestra frente, ni recargará vuestro cerebro, pues realmente estáis en un teatro. Cromwell es para vosotros un actor; podéis simpatizar con él o también silbarle, y cuando le alcance la muerte y arrastren su cadáver fuera del escenario, no tendrá esto para vosotros más significado que el de hacer lugar para una nueva tragedia. Pero desde el momento que de observador os convertís en actor político, la escena cambia. Estáis con Cromwell en el gobierno y en este lugar no hay permiso para emocionarse ni ocasión de reír. Estáis obligado constantemente a juzgar los acontecimientos, a penetrar el carácter de los hombres, a tomar las medidas más adecuadas, a cada caso, y para esta obra necesitáis toda vuestra atención y toda vuestra sangre fría. Unas veces os parece que la Inglaterra se escapa de vuestras manos, y otras, que la sujetáis con más fuerza, la lucha es terrible y el éxito dudoso. Esto es lo que describe Guizot y lo que caracteriza sus obras. Macaulay, por ejemplo, escribe de los negocios públicos como orador que defiende una causa, Guizot escribe de ellos como hombre de Estado que los maneja.

El mariscal de campo y célebre sociólogo austríaco Ratzenhofer opina, como Taine, que el desarrollo político constituye lo esencial en la Historia y que por lo tanto debe exponer el historiador, con precisión y

claridad, el enlace de los acontecimientos políticos, tratando todo lo demás como detalle accesorio. Los descubrimientos científicos, los resultados de la especulación filosófica, las tendencias religiosas, las producciones literarias, etcétera, no adquieren importancia histórica, mientras no hacen sentir su influencia en la vida política. Dice Ratzehofer que es muy difícil dar una definición exacta de la política, pero que aproximadamente se puede decir que es un proceso intelectual y moral en las cuestiones prácticas de la vida, que induce al hombre a determinadas resoluciones y acciones. Esta definición me parece demasiado general, para tener gran valor práctico, al tratarse del asunto que aquí nos ocupa. La política, como actividad humana, en relación a los intereses colectivos, que es lo que más nos interesa, creo que se puede definir, como la lucha por la creación del derecho, incluyendo las luchas de unas naciones con otras, como parte de la política exterior. Ahora bien, como el derecho establecido *de facto* es el que determina en primer término el desarrollo de las naciones, es evidente que la política debe constituir la parte esencial de la investigación y descripción histórica. En donde no hay lucha política enmudece la musa de la historia, dejando libre el campo a los aduladores y panegiristas de los tiranos.

Se comprende, en vista de lo dicho, que los más notables historiadores dedicaran de preferencia su atención al desarrollo político. Así lo hicieron, además de los ya mencionados, Michelet y Martin, en su *Historia de Francia*; así Niebuhr y Mommsen, cuyos descubrimientos hicieron aparecer el desarrollo político de la antigua Roma republicana, de una manera muy distinta a la entonces aceptada; así en nuestros días el célebre Ferrero y así tantos otros, que sería largo enumerar. Pero si todos esos historiadores consideran el desarrollo político como la parte más esencial de la Historia, no todos están de acuerdo en cuanto a los móviles y las leyes que lo determinan.

La escuela economista considera al hombre exclusivamente como un ser cuya vida se rige por las leyes de la producción, repartición y consumo de los bienes materiales. A esta escuela pertenecen los socialistas adictos a las doctrinas de Marx, Engels, Loria, etcétera, para los cuales la lucha política que nos describe la Historia, tiene por móvil los intereses opuestos del capital y del trabajo. Distinta de esta doctrina, en cuanto al carácter de las fuerzas sociales, pero semejante a ella, en cuanto a que considera a la sociedad principalmente desde el punto de vista económico, es la teoría del sociólogo americano Brook Adams, conforme a la cual el aumento o disminución de la circulación monetaria determina el progreso o decadencia de las naciones, en vista de que cuando la unidad monetaria va disminuyendo



en valor, respecto a los demás bienes materiales, resultan favorecidos los acreedores, florece el comercio y la industria, con las crecientes utilidades y se fortifica el crédito evitando las quiebras; mientras que la unidad monetaria, cuyo valor de adquisición va aumentando, favorece a los grandes capitalistas y a los usureros, produciendo numerosas quiebras, concentrando el capital en pocas manos y destruyendo las clases medias, que son las que dan solidez y prosperidad a los Estados. No hay lugar a duda que estas teorías económicas se refieren a los problemas de mayor importancia, pero no alcanzan por sí solas a explicarnos el desarrollo de los pueblos, como pretenden sus partidarios.

Más bien por su originalidad y por haber tenido cierto éxito pasajero, que no por su mérito científico, se puede hacer mención de la teoría de Feuerbach, conforme a la cual el genio de un pueblo depende de la clase de su alimentación, es decir, que el hombre “es lo que come”, o como se dijo en Alemania con un bonito juego de palabras: *ist was er ist*. Refutó esta teoría en pocas palabras el profesor Small de Chicago, al decir, que Feuerbach tendría mucha razón, si el hombre no hiciera otra cosa más que comer.

Entre los historiadores que, reconociendo la importancia predominante de los intereses materiales, aprecian sin embargo debidamente las fuerzas morales como factor histórico hay también bastante diversidad de opiniones en cuanto al origen, condición y eficacia de las fuerzas sociales. Opinan algunos autores que el progreso de los pueblos se debe a la iniciativa de unos pocos hombres de genio; mientras que otros consideran a la aristocracia, hereditaria o intelectual, como la más apta y por lo tanto destinada a dirigir los destinos de un pueblo; habiendo otros autores, en fin, que consideran el instinto de las masas populares como el principal factor en el desarrollo histórico.

Si la teoría que atribuye el progreso de los pueblos a unos pocos genios ha encontrado defensores del mérito de Carlyle, la teoría favorable al régimen aristocrático encontró en el historiador inglés Lecky un notable y decidido partidario, el cual, refiriéndose a la extensión del voto popular, dice en su *Historia de Inglaterra*:

La política tendría que ser distinta de los demás productos de la mente humana, si no fuera cierto que la superior inteligencia de los electores determina la superior inteligencia de los elegidos. Si el poder electoral se pone en manos de los más pobres, más ignorantes y más exentos de responsabilidad, no se puede esperar otra cosa más que la degradación del parlamento y la decadencia del imperio.

La escuela democrática declara naturalmente injustas e inconducentes tales opiniones, haciendo presente que las facultades intelectuales están repartidas en igual proporción entre todas las clases sociales, y que mientras mayor es el número de ciudadanos que toma parte activa en la política, mayor es también el número de hombres de genio que se producen, para beneficio de la nación.

Taine, que en sus primeras obras se inclinaba hacia el naturalismo de Buckle, evolucionó más tarde hacia la psicología empírica. En una de sus últimas y la más célebre de sus obras, *Los orígenes de la Francia contemporánea*, nos describe primero la sociedad francesa, tal como se formó en el transcurso de los siglos; en seguida el proceso por el cual las ideas filosóficas abstractas del siglo XVIII, convertidas en fuerzas sociales, destruyeron el antiguo edificio político social, sin tener la aptitud reconstructiva que el caso requería; y en fin, la manera como un soldado brutal, pero de genio, llevó a efecto la reconstrucción de la Francia, tomando por modelo un cuartel. Taine tuvo la suerte singular de haber sido aplaudido y criticado, sucesivamente conforme se iba publicando su admirable obra por todos los partidos políticos de su patria. La primera parte, "El Régimen Antiguo", causó el disgusto de los legitimistas y los aplausos de republicanos y bonapartistas; la segunda, referente a la revolución le atrajo el enojo de los republicanos y las felicitaciones de los otros partidos; y la última, referente al régimen moderno, la indignación de los bonapartistas, al mismo tiempo que la aprobación de los republicanos y legitimistas. Y es que todos los partidos tenían sus fábulas convencionales, que les dolía ver destruidas.

Hay otros historiadores en cuyas obras predomina el arte, como Lamartine en su *Historia de los girondinos*, que lo que procuran ante todo es agrandar al lector. En parte pertenece Thiers también a esta categoría, pues sus obras tuvieron por objeto halagar al pueblo francés y ensalzar el genio de Napoleón. Lo mismo que Thiers en Francia, fue Treitschke en Alemania, el cual fue ante todo panegirista de Prusia y de los Hohenzollern.

Con lo dicho me será permitido concluir el presente capítulo, en el cual procuré dar una idea general de la importancia y condiciones del método empírico-psicológico en los estudios históricos, dando a conocer en seguida las teorías de los más notables historiadores que han adoptado ese método en las épocas modernas. Me atrevo a esperar que habré logrado mi objeto, aun cuando no sea más que de una manera superficial e incompleta.



CAPÍTULO VII

La historia como evolución psicológico-social

Hemos pasado revista en los anteriores capítulos a las diferentes teorías que se han expuesto para explicar el desarrollo histórico: la del medio ambiente, la de las razas, la de selección, adaptación y herencia, y en fin la de la fuerza de las ideas. Hemos visto también que, aisladamente, todas esas teorías han resultado de lo más defectuosas; pero consideradas como factores de un conjunto, en sus mutuas relaciones y mutuos efectos, adquieren extraordinaria importancia, explicando en gran parte el mecanismo de la psique social, cuyo estudio es el más apropiado para avanzar hacia la solución del difícilísimo problema, ante el cual nos hallamos. Ha sido en efecto el punto de vista de la psicología social el que han escogido últimamente para sus investigaciones históricas, algunos de los más notables pensadores.

Ya se dijo antes que la influencia que el medio físico ejerce en el hombre es tanto mayor cuanto más próximo se halla éste al estado animal, a lo cual hay que agregar que el progreso de la civilización no solamente trae consigo que el hombre se vaya haciendo más independiente de las fuerzas de la naturaleza, sino que tienda más y más a dominarlas y a utilizarlas. Pero como la civilización es un fenómeno relativamente reciente, la humanidad se ha formado durante centenares de miles de años, bajo la influencia preponderante del medio físico, y éste ha sido el principal agente en la formación del carácter psíquico y físico de los pueblos. En tiempos históricos sigue ejerciendo su influencia el medio físico, pero conforme el hombre va dominando las fuerzas de la naturaleza, los resultados de las leyes de selección y adaptación cambian notablemente, como se explicó en uno de los anteriores capítulos, de tal manera que la influencia del medio social adquiere mayor importancia que la del medio físico. Una vez que los pueblos han entrado en esta fase de su desarrollo es la psicología social la que mejor nos indica el camino que nos debe conducir a la solución de los problemas históricos. Importa por lo tanto, antes de proceder más adelante, formarse una idea tan exacta como posible de lo que es realmente y de cómo se manifiesta la psicología social.

Ya sea que se considere la sociedad como un organismo, como un ser de carácter especial, o como una simple asociación humana, se impone siempre el hecho de que la psicología social es distinta de la psicología individual. No es que se pretenda que la sociedad tenga un órgano intelectual particular, sino que la conciencia-voluntad de los

hombres funciona aisladamente y en interés personal, de una manera distinta que cuando funciona colectivamente o en interés de la colectividad. El instinto de conservación y propagación de la especie es el principal móvil de las acciones humanas, pero como éste conduce a una lucha, no solamente contra la naturaleza, sino de hombre a hombre, vemos surgir desde los tiempos más remotos que conocemos, las transacciones y arreglos o tratados entre los vecinos más próximos, de donde nace primero la idea del derecho ajeno, y en seguida sucesivamente el espíritu de asociación, el de solidaridad y en fin el de cooperación, que constituyen realmente los lazos sociales. La formación de la sociedad implica por lo tanto para cada hombre la renuncia a una parte de sus libertades y ciertas obligaciones hacia la colectividad, que deben determinar su conducta. Esta autodisciplina que el hombre se impone en interés de la colectividad es el rasgo más característico de la psicología social y el que ha determinado en primer término la grandeza o decadencia de las naciones.

Se comprende fácilmente que esa autodisciplina no tenga en todos los individuos ni igual carácter ni igual fuerza, pues por una parte hay diferentes maneras de entender los intereses colectivos, y por otra parte producen las ideas mayor efecto en unos hombres que en otros, determinando en éstos mayor o menor actividad y eficacia social, según su índole o aptitudes. Se producen, en efecto, constantemente en cada individuo, que no se halla en un estado de salvajismo completo, una lucha intramental entre sus intereses particulares y lo que él considera su obligación hacia la colectividad, y mientras más ilustración y sentimiento moral adquiere, más se complican los problemas que se presentan a su mente, no ya solamente entre su egoísmo y los intereses generales, sino también entre las diferentes teorías que se le presentan como más conducentes al bienestar general. La solución que el hombre da a estos problemas, como miembro de la comunidad, determina sus acciones, con las cuales contribuye a la formación de las fuerzas sociales, y la psicología social tiene a su vez el objeto, de investigar y exponer las leyes, conforme a las cuales se producen, se desarrollan y decaen las fuerzas sociales.

Sobresale entre los historiadores que han adoptado el punto de vista psicológico-social, el profesor alemán Lamprecht, el cual expone en un interesante estudio, titulado *Moderne Geschichtswissenschaft*, la manera como los pueblos van pasando en su desarrollo por lo que él llama “edades de cultura” (*Kulturzeitalter*) sucesivas, caracterizadas por sus manifestaciones psíquicas. Por carecer de datos suficientes, se limita Lamprecht, según dice, a exponer en todas sus fases únicamente el desarrollo del pueblo alemán, pero ilustrando su teoría con ejemplos de otros pueblos.



En las épocas más remotas de que nos habla la Historia, vivía el pueblo alemán en un estado mental de simple contemplación de la naturaleza, sin sospechar y mucho menos pretender penetrar sus misterios; la religión era una mitología simbólica, los principales actos de la vida iban acompañados de ceremonias simbólicas y el único arte era la ornamentación que consistía en simples líneas curvas, que simbolizaban el movimiento y el ritmo. Por todos estos motivos, el mencionado historiador designa esa remota edad, que se extiende hasta el siglo III d. C., con el nombre de “simbólica”.

A esa edad sigue la que el mismo autor designa con el nombre de “típica”, que se desarrolló bajo la influencia del cristianismo y de la cultura romana, y que abarca aproximadamente los dos últimos siglos del imperio romano y la primera mitad de la Edad Media. Caracteriza esta época la creciente conciencia de la personalidad nacional, que hace surgir el poema épico, destina a ensalzar las hazañas de los héroes populares, y que trae consigo en el arte decorativo, la producción de caracteres típicos, sin alcanzar todavía a lo individual.

Sigue a la “edad típica” la designada con el nombre de “convencional”, que corresponde a la segunda mitad de la Edad Media y cuyo nombre se debe a que en ella estaban sujetas las manifestaciones de la vida, a la más estricta disciplina, incluso las producciones del arte. Es la época del feudalismo, del predominio de la Iglesia y de la escolástica, en que desaparece la organización semicomunista de los pueblos, cuyos terrenos fueron absorbidos por la caballería feudal y por los conventos y que convirtieron en siervos a los labradores de la tierra. Los nuevos propietarios del terreno, es decir, la Iglesia y la nobleza, se constituyeron también en soberanos, no dejando al rey más que el carácter de jefe supremo de los contingentes armados en caso de guerra. Ese sistema político-social fue transformándose a causa de la fundación de ciudades fortificadas, más o menos libres, generalmente protegidas por los reyes o la Iglesia para quebrantar el poder de los grandes señores. La importancia y poder de las ciudades fue creciendo rápidamente, y cuando se hubo formado una burguesía rica e ilustrada, que bajo el amparo de sus Cartas de Privilegios se gobernaba a sí misma, se desarrolló una nueva cultura que, con la introducción del régimen monetario, en sustitución al cambio de productos, acabó por destruir el régimen feudal, dando así fin a la edad llamada “convencional”.

Con el creciente poder y desarrollo intelectual de la burguesía, se inició la “edad individualista”, que duró, según Lamprecht, hasta mediados del siglo XVIII. Consistió el movimiento intelectual en una reacción contra la tiranía de la Iglesia, la filosofía escolástica y los abusos del clero y de la nobleza. No se ponían todavía en duda los dogmas

cristianos, pero los hombres aspiraban a comunicarse directamente con Dios, sin intervención de los sacerdotes, a interpretar y explicar la doctrina cristiana y a investigar sus fundamentos. En filosofía la inducción y las leyes de causalidad reemplazaron al milagro; en pintura, escultura y decoración, lo individual sustituyó a lo típico, y en política los reyes y las ciudades se sobrepusieron a la aristocracia, la cual se vio obligada a bajar de sus castillos, para convertirse de brutal y guerrera, en refinada y cortesana. Este movimiento de individualismo fue más acentuado en unos países que en otros, conduciendo en algunos de ellos a una reforma de la Iglesia y separación de Roma, conocida con el nombre de “protestantismo”.

El desarrollo natural de las ideas, bajo la influencia de los nuevos descubrimientos e invenciones, condujo de la “edad individualista” a la edad en que hoy vivimos y que Lamprecht llama “subjetivista”, sin explicar bien el motivo, pero se infiere que el nombre se debe a que el actual ideal de los pueblos civilizados es la exaltación y el libre desarrollo del sujeto, o sea una especie de ultraindividualismo. Está caracterizada en efecto nuestra época por la tendencia a destruir todo dogma o tradición que entorpezca la acción individual en sus legítimas aspiraciones: la libertad en política, la libre competencia en la producción de bienes materiales, el realismo en el arte y la literatura, y en filosofía la tendencia a desligar la psicología de la metafísica.

Después de haber explicado los motivos que justifican esa división de la Historia en “edades de cultura” y de haber hecho resaltar los rasgos característicos de cada una de ellas, con referencia a Alemania, procura Lamprecht describir el proceso psicológico de las épocas de transición de una “edad de cultura” a la otra. Cuando una edad de cultura, que llamaremos mejor “edad histórica”, toca a su fin, aparece con ciertos signos característicos, como son la petrificación de las ideas hasta entonces predominantes, el pedantismo intolerante y el mayor apego a la tradición en ciertas clases sociales; pero las nuevas ideas y tendencias, que se mezclan a las doctrinas caducas, son más fuertes que las fuerzas de inercia, produciendo una desasociación de ideas y un desequilibrio mental, que temporalmente desencadena los instintos egoístas y que producen una crisis, que no todos los pueblos resisten. Si la *psique* social es bastante fuerte, como ha sido siempre hasta ahora en Alemania, el pueblo vence la crisis, se adapta a las nuevas ideas, se da una nueva organización conveniente y empieza una nueva edad histórica.

Pero se ocurre preguntar, ¿de dónde brotan esas ideas y tendencias que producen tales transformaciones? ¿Surgen esas ideas espontáneamente, o son el producto de circunstancias especiales? A esto contesta



Lamprecht diciendo que la evolución económica es la que trae consigo, “en primer término”, la evolución de las ideas y que sus edades de cultura coinciden aproximadamente con las de los economistas, correspondiendo la “simbólica” a la “pastoril”; la “típica”, la “convencional”, a la “mercantil con régimen monetario”, y en fin la “subjetivista” a la “industrial moderna”. Agrega sin embargo el autor que su teoría no es enteramente la misma que la de Marx y sus discípulos, puesto que conforme a la suya hay, además del factor económico, otros que determinan también el desarrollo histórico, mencionando especialmente la influencia de la prensa, que es independiente de las leyes de producción y repartición de los bienes materiales.

Lamprecht critica a los historiadores “políticos”, es decir, a la mayoría de los historiadores modernos, insistiendo en que las leyes del desarrollo histórico se deben buscar en la psicología social y no como lo han hecho éstos, en la psicología individual de los hombres que entran en acción, agregando textualmente (página 30): “El desarrollo histórico en edades de cultura, tales como las que he descrito respecto a Alemania, es incuestionable para todo observador profundo, pero los historiadores políticos no lo quieren reconocer, porque al hacerlo así, destruirían las bases de sus propias teorías.”

Con esta aseveración da el historiador alemán a su teoría una importancia que a mi juicio no le corresponde. ¿Cuáles son, en efecto, las causas de que la humanidad se desarrolle en periodos relativamente tranquilos, unidos entre sí por épocas de transición violenta, en vez de que ese desarrollo sea regular y constante? Lamprecht no lo dice claramente, refiriendo tan sólo que los progresos económicos traen principalmente consigo las transformaciones sociales y que especialmente la introducción de la moneda va acompañada de la aparición del individualismo; pero no es difícil hacer una exposición más completa de las causas que determinan ese fenómeno histórico. En primer término, hay naturalmente que reconocer que las grandes invenciones y descubrimientos, como la mencionada introducción de la moneda, el descubrimiento de nuevos mundos, la imprenta, el vapor, etcétera, traen consigo enormes transformaciones sociales, pero no es ésta la única causa por la cual el progreso se efectúa por sacudimientos y no por una lenta transformación. Los hombres en su gran mayoría no son afectos al trabajo, ni material, ni intelectual, y solamente por necesidad se sujetan a él. Ahora bien, como el progreso implica un aumento de trabajo intelectual, la mayoría de los hombres se apega siempre a lo conocido, procura conservar las costumbres y el código moral establecidos, y no acepta las innovaciones de la minoría inteligente y progresista, hasta que la situación en que se halla se convierte

en insostenible. A esto hay que agregar que todo progreso trae consigo un cambio de personas en los altos puestos, que los amenazados no ceden sin oponer resistencia. Pero cuando las reformas convenientes se aplazan producen, al ser introducidas, ciertos inevitables sacudimientos, siendo éste el motivo de las crisis de transición de una época histórica a la otra.

Apenas habrá quien ponga en duda estos hechos, de tiempo atrás conocidos, y no se comprende por lo tanto el motivo por el cual el descubrimiento o, más bien dicho, la investigación y exposición del carácter psicológico-social de las diferentes épocas históricas sea capaz de destruir las bases sobre las cuales han descansado las teorías históricas de nuestros días, especialmente en cuanto a la importancia del desarrollo político. Se puede reconocer perfectamente que el progreso se efectúe en edades históricas determinadas, sin que por esto sea necesario negar que el resultado de la lucha política sea el que determina el carácter y el advenimiento más o menos rápido de las sucesivas épocas o edades históricas.

La teoría de Lamprecht tiene cierto carácter determinista, semejante a la de Spencer, que se debe sin duda al empeño de ambos autores por descubrir leyes históricas, de una exactitud que nuestros conocimientos todavía no justifican. Conforme a su teoría, dice el historiador alemán que el alma social recorre, como el alma humana, las diferentes edades: la infancia, la juventud, la edad madura y la vejez, que son las edades de cultura que describe en su estudio. Indudablemente hay mucha semejanza entre el desarrollo orgánico y el desarrollo histórico, tal como éste se ha observado hasta ahora, pero falta saber si hay en esto simplemente una analogía superficial, o parcial, o realmente fundamental.

Desde luego salta a la vista que el organismo animal es de carácter fisiológico, mientras que el organismo social es esencialmente psicológico, pudiendo haber en consecuencia ciertas analogías en las leyes de su desarrollo, sin que esto implique que sean en todo necesariamente idénticas. Procuremos darnos cuenta primeramente de las causas de esas analogías, y en seguida de las diferencias que caracterizan el desarrollo orgánico-fisiológico, por una parte, y el psicológico-social, por la otra.

La civilización gasta a los hombres, sin que la ciencia haya podido evitarlo hasta ahora, y por eso llamamos “pueblos jóvenes” a los de escasa cultura. En efecto, se observa en pueblos recién entrados a la civilización cierto vigor y adaptabilidad a las más diversas condiciones, que son propias de la juventud, y conforme van pasando los siglos, se presentan sucesivamente los fenómenos propios de la edad



madura y de la vejez, hasta que sobreviene la muerte, por medio de la conquista o de la disolución. Pero ¿significa esto que el total o la mayoría del pueblo vaya gastando sus fuerzas, o degenerando física o moralmente en ese proceso? De ninguna manera; pues la gran mayoría de los hombres, especialmente los que se dedican a las labores del campo, atraviesan generalmente los siglos sin cambiar en lo esencial sus costumbres y manera de pensar. Es una materia siempre “joven”, a pesar de su inercia, que en ciertas circunstancias y bajo dirección conveniente, puede despertar y llevar a efecto la regeneración, o sea el “rejuvenecimiento” de la nación. Uno de los más patentes ejemplos de este fenómeno es el de Francia, cuyo organismo manifestaba a principios del siglo XVIII todos los síntomas de la decrepitud, y que sin embargo, regenerada por la revolución, causó un siglo más tarde la admiración del mundo, y es hoy día una de las naciones más robustas y civilizadas. El fuego de la revolución cundió a otros países, produciendo en ellos, en mayor o menor grado, idénticos efectos.

El Estado fue en su origen la organización que se dieron los pueblos conquistadores para dominar a los vencidos, y aun cuando en todos los países las clases gobernantes hayan tenido que hacer concesiones a los gobernados, para asegurar su predominio, el Estado no ha perdido su carácter de una institución en que una pequeña minoría explota a la gran mayoría, en cambio de ciertos servicios que redundan más o menos en beneficio de la comunidad. En los países civilizados la explotación de los gobernados es moderada y los servicios que prestan en cambio los gobernantes son eficaces; mientras que en los países atrasados la explotación es desmesurada y los servicios son relativamente insignificantes o ilusorios. Los gobernantes pueden llamarse monarcas, dictadores, aristocracias o partidos organizados, pero las tendencias que los caracterizan son siempre las mismas: llevar una vida más o menos holgada y aun extravagante, a expensas de los gobernados. El ideal de gobierno del pueblo por el pueblo, todavía no se ha alcanzado ni se alcanzará por completo, en vista de la imperfección humana, pero en las democracias avanzadas, como por ejemplo en Suiza, se han obtenido ya resultados de los más satisfactorios, que prometen aún mayor éxito para lo porvenir.

Si a fin de cerciorarse de la exactitud de estas observaciones volvemos la vista hacia cualquiera de las naciones cuya historia conocemos, nos damos cuenta, en efecto, de que con excepción de los Estados Unidos, que se han formado en épocas modernas, casi exclusivamente por inmigrantes educados ya en las prácticas democráticas, todas las demás naciones tuvieron por origen la conquista o sujeción de un pueblo por otro. En la primera época conservaron los conquistadores sus

virtudes bélicas y una conveniente organización militar, pero como con el tiempo se conformaron los vencidos con su suerte, se establecieron entre éstos y aquéllos tolerables relaciones, empezando en seguida a concederse ciertos derechos a los vencidos, hasta que por fin se mezclaron las dos razas o pueblos. No obstante que desde entonces se consideraron como de igual origen, conservaron sin embargo la antigua división, con el carácter de una estratificación social, reconocida como una institución natural, establecida por la Providencia o sancionada por la experiencia económica y social. El periodo histórico que sigue a la completa fusión o conciliación de las razas suele ser el más fecundo en la historia de las naciones, porque las clases gobernantes, libres ya del peligro de una sublevación del pueblo oprimido, y conservando aún su antiguo vigor, adquirieron mayor fuerza hacia el exterior, encontrando por otra parte el ocio y la tranquilidad de espíritu necesarios, para dedicarse al cultivo de las ciencias, las artes y la literatura. Pero por desgracia los hombres se inclinan al abuso y, cuando se consolidan las instituciones sociales, al mismo tiempo que aumenta la riqueza de la nación, las clases gobernantes, libres de toda amenaza a su poder político, se convierten, de útiles e ilustradas, en viciosas, ignorantes y tiránicas, adquirieron costumbres parasitarias, que las conducen a la ruina, lo mismo que al Estado de que forman el armazón. Así, o de una manera idéntica, se ha verificado el desarrollo y decadencia de casi todas las naciones, presentando en efecto las épocas históricas por las causas indicadas, cierta semejanza con las edades del hombre.

Si ése ha sido hasta ahora el desarrollo normal de las naciones, cuando no tienen una muerte prematura por la fuerza, esto no significa que tengan que seguir siendo siempre así, pues, como se dijo ya antes, el desarrollo psicológico-social va modificándose con el progreso de la civilización y se va distinguiendo más y más del desarrollo orgánico-fisiológico. Si comparamos, por ejemplo, las leyes del desarrollo político-social del mundo antiguo con el nuestro, ¡qué inmensa diferencia observamos entre la democracia antigua y la moderna! Aquélla, basada en la esclavitud, dividía a la humanidad en dos grandes clases, la una nacida para gobernar y gozar de la vida, mientras que el destino de la otra era trabajar y obedecer, y como esta división traía consigo que se despreciara el trabajo, los ciudadanos no se dedicaban más que a la política y al ejercicio de las armas. El resultado fue que, mientras hubo guerras y peligros exteriores, se mantuviera la disciplina y se fomentaran y conservaran las virtudes cívicas y domésticas, tan necesarias para la defensa del Estado; pero en cuanto quedó asegurada la paz, los ciudadanos consideraron que ya no había



necesidad de virtudes y, como les faltaba además una ocupación conveniente, se dedicaron a los vicios, degenerando y extinguiéndose rápidamente. Muy distinto ha sido el desarrollo de las democracias modernas, porque han sido también muy distintos los principios sobre los cuales descansan. La democracia moderna ha proclamado la igualdad de todos los hombres, no porque pretenda asegurar falsamente que todos tienen iguales aptitudes, sino porque el Estado moderno se considera obligado a conceder a todos los hijos del país, iguales derechos, conforme a sus aptitudes y sin distinción de su origen. Además de eso se ha dignificado el trabajo, reconociendo que la vida es y debe ser una lucha constante, no solamente para dar satisfacción a las necesidades de la vida y conservar la salud, sino en busca de un ideal, que es el de libertad, igualdad y justicia. No tenemos todavía experiencia en cuanto al desarrollo natural de las democracias modernas, porque todas ellas son de fecha reciente, pero se impone la convicción de que tiene que ser fundamentalmente distinto al de las antiguas, en vista de los conocimientos que hemos adquirido y de nuestro progreso intelectual, material y moral.

El sociólogo americano Lester F. Ward explica perfectamente cómo la civilización trae consigo esas modificaciones de las leyes de la evolución social. Hay que distinguir, según nos dice, entre el desarrollo “genético”, que es el resultado de la acción normal de las leyes naturales y el desarrollo que él mismo designa con el nombre de “téllico” (derivado del griego “telós”, que significa “fin” o “causa final”), el cual se efectúa bajo la influencia de la inteligencia, con un propósito determinado. El progreso inferior a lo humano es totalmente genético en los periodos humanos primitivos, ese progreso es principalmente genético pero comienza a ser téllico hasta que por fin, en los tiempos históricos, se convierte ante todo en téllico.

En la evolución téllica hay que distinguir entre la individual y la social. Cuando el hombre empieza a prever los acontecimientos y a arreglar conforme a ellos su conducta, empieza la evolución téllica individual, como sucede ya de una manera muy marcada, cuando los pueblos cazadores se convierten en pastores, y más aún cuando se dedican a labrar la tierra. Conforme el hombre progresa, la “ley del espíritu” va sobreponiéndose a la “ley de la naturaleza”, como dice Ward, agregando éste textualmente: “No quiero significar con esto que la ley del espíritu no sea también una ley natural, sino que es, de cierto, enteramente distinta de la otra y, como ha surgido en un estado ulterior de la Historia de la evolución cósmica, parece haber inaugurado un orden de cosas enteramente nuevo.” En efecto, va el hombre desprendiéndose de la naturaleza y la evolución téllica va adquiriendo, de

esta suerte, cierto carácter que podríamos llamar artificial, respecto a la evolución genética. En cuanto a la télesis social, se puede definir como la acción consciente de la sociedad misma, modificando intencionalmente su propia condición, constituyendo por lo tanto una manifestación de cultura superior.

La autorizada opinión de Ward viene a confirmar lo que se dijo en un capítulo anterior, esto es, que no se puede asimilar incondicionalmente el desarrollo histórico al orgánico-fisiológico, sin incurrir en graves errores. Ya en lo que conocemos de la Historia se han podido observar diferencias notables en cuanto a esa relación, como es la de que las naciones tienen una vida de duración muy variable, y que se han dado entre ellas casos de verdaderos rejuvenecimientos, mientras que los organismos tienen una vida normal determinada y no conocen los rejuvenecimientos. Por otra parte, el estudio científico de la Historia y de la sociología han puesto de manifiesto cuáles han sido los motivos de la degeneración, o sea de la “vejez” de las naciones, y además, que no consistiendo esos motivos en un gasto orgánico irreparable, sino en lo defectuoso de las instituciones, en el descuido de la instrucción o en la perversión de las costumbres, es evidente que con los progresos de la sociología y la difusión de los conocimientos se podrá evitar la “vejez” de las naciones o, por lo menos, prolongar su vida indefinidamente.

Si esta teoría de la evolución humana tiene que modificar notablemente la teoría de las edades históricas, expuesta por Lamprecht, no podemos estar tampoco enteramente de acuerdo, en cuanto a lo que ese autor nos dice respecto a la importancia de los factores históricos, en los términos siguientes:

La explicación histórica de un fenómeno determinado, y el juicio histórico que de él nos formamos, sólo se puede derivar de los principios generales; es decir, de los más elevados momentos histórico-universales. Si observamos éstos, adquiriremos la convicción de que el encadenamiento histórico universal no se debe buscar en la pesada masa de los sucesos históricos, cuyo transporte se dificulta a través del tiempo y del espacio, sino en los ligeros elementos del espíritu, destinados a sobrevivir. Estos elementos son las manifestaciones de la moral, la religión, el arte, la poesía y las ciencias que constituyen la continuidad histórica. Si además de eso se toman en cuenta la constitución política, la estratificación social, la vida económica, etcétera, no por eso se oculta la menor importancia que se debe dar a tales factores. La historia de las naciones no se debe juzgar conforme a los fenómenos económicos, sociales o políticos, sino conforme a los más elevados productos intelectuales, especialmente los de la fantasía, a fin de conocer el lugar que corresponde a cada pueblo en la Historia universal. No



por sus raíces, sino por sus frutos se debe juzgar a los pueblos y a las edades históricas.

Indudablemente que si lo que buscamos es una descripción viva de lo que han sido los pueblos, si queremos comparar sus méritos y cualidades y admirar los productos de su genio, el sistema seguido por Lamprecht es el más conveniente, pero la Historia se convierte de esta suerte en una ciencia descriptiva, de aplicación limitada, y no es esto lo único a que debemos aspirar.

No nos conformamos, en efecto, con una clasificación de las naciones, conforme a los frutos que hayan dado, sino que deseamos conocer su origen y las causas por las cuales han tenido un éxito tan diverso en los sucesivos siglos y en los diferentes países. Necesitamos saber cuáles fueron las circunstancias que determinaron la formación de las naciones primitivas y las condiciones que prevalecieron; cuáles fueron las instituciones que se dieron; cuáles fueron los resultados que éstas trajeron consigo y las transformaciones que sufrieron; siguiendo así el encadenamiento de los sucesos en su natural enlace, hasta llegar a nuestros días. Entre los resultados de ese desarrollo, encontraremos los productos de las ciencias, de las artes y de la literatura, no debiéndose considerar por cierto como una falta de aprecio, si procuramos indagar las causas que dieron lugar a su mayor o menor brillo, originalidad y trascendencia.

Lamprecht descuidó, como algunos otros historiadores y sociólogos, el elemento dinámico en el desarrollo histórico. Al investigar las leyes que rigen en esta materia, hay en efecto que distinguir, como se dijo antes, dos fuerzas distintas, la impulsora o genética y la directora o tética. Las fuerzas impulsoras, o sean las fuerzas genéticas, son el producto de las necesidades, pasiones y aspiraciones humanas, mientras que las fuerzas intelectuales o téticas son las que dirigen a las primeras hacia un fin determinado. Las fuerzas genéticas son ciegas, son como el viento que infla las velas de un barco, mientras que las fuerzas téticas son como el timón que determina el curso. Si quitáis el viento, el más hábil timonel estrellará el barco contra la costa. Esta simple comparación nos da una idea del sistema que se debe seguir en los estudios históricos, si queremos llegar a conclusiones realmente instructivas y de aplicación práctica.

Las fuerzas genéticas sociales son, como se acaba de decir, el producto de las necesidades, pasiones y aspiraciones humanas, entre las cuales ocupa el primer lugar la necesidad de alimentarse, ocupando en seguida un lugar más o menos importante la tendencia a propagar la especie, a evitar el dolor y los peligros personales, a gozar de lo

bello y agradable, y a dar satisfacción a la vanidad humana. Esas fuerzas, que al principio obran de una manera desordenada, se van convirtiendo en sistema, bajo la dirección de la inteligencia, con el objeto de dar la mayor satisfacción posible a las referidas necesidades y deseos que las producen y de asegurar a cada individuo su parte de esos beneficios, conforme a los preceptos de la justicia. Constituye este proceso lo que llamamos la evolución télica, destinada a elevar a los hombres más y más sobre los instintos animales; pero por desgracia el egoísmo individual se opone a ese movimiento ascendente, ya sea que el fuerte explote al débil, o que el hábil engañe al necio y al ignorante, o que el ambicioso, por satisfacer no solamente la codicia, sino la vanidad, logre subyugar a sus semejantes, por el terror, la superstición o las artimañas.

A esos instintos egoístas se opone el espíritu de justicia y, desde las épocas más remotas, es la Historia una lucha entre esas pasiones humanas, para establecer y garantizar el derecho de cada uno. Continuada esa lucha hasta nuestros días, es la que conocemos con el nombre de “política”.

Tales consideraciones ponen de manifiesto que siendo las fuerzas sociales un factor constante, que no se modifica más que lentamente y nunca de una manera fundamental, es el resultado de la lucha política el que determina en primer término el desarrollo de las naciones. Se puede conceder, como se ha hecho aquí, que el desarrollo histórico se efectúe en periodos históricos de carácter especial, pero no se puede ocultar que no es éste el fenómeno fundamental, del cual se derivan los demás, sino que es una consecuencia de diversas causas que he procurado explicar.

Se nos dirá tal vez que el grado de cultura ejerce una influencia inmediata en el carácter de la política, y esto no se puede negar, pero el verdadero significado de tal hecho es que a la Historia no se la puede hacer marchar hacia atrás, y que una vez que se ha alcanzado cierto grado de cultura, la política ya no puede deshacer su propia obra. La política es anterior a la cultura y, según el sesgo que toma, se desarrolla esta última en un sentido o en otro. El despotismo, el régimen aristocrático y la democracia han tenido su carácter particular de cultura.

Los historiadores han hecho presente, con mucha justicia, que las pirámides de Egipto fueron necesariamente la obra de gobiernos despóticos, así como el arte griego solamente lo pudo producir un pueblo libre, siendo en fin evidente que la disciplina espartana y romana fue un producto del régimen aristocrático. No se puede decir que la cultura produjera las instituciones, porque éstas fueron anteriores a aquélla. El pueblo de Atenas era muy atrasado cuando Solón le dio la



constitución democrática y otro tanto se puede decir del pueblo romano cuando abolió la monarquía; y si seguimos el estudio de la historia de ambos pueblos podemos observar, paso a paso, el desarrollo o la degeneración de la cultura bajo la influencia de la política. Al terminar la Edad Media, vemos nacer el movimiento intelectual llamado “Renacimiento” en las ciudades libres de Italia, en Florencia, en Venecia, en Génova, etcétera, y en las épocas más recientes son los anglosajones, educados en la escuela de la libertad, los que dejan muy atrás en la repartición del mundo a los pueblos continentales de Europa, que en los siglos XVI a XVIII habían sido víctimas de una reacción monárquica. Es por lo tanto incuestionable que la cultura es la consecuencia de la política y no a la inversa, la cultura la que determina el sesgo de la política.

Éstas son las reflexiones que me ha sugerido el más reciente estudio, referente a la ciencia de la Historia, que ha publicado el profesor alemán Lamprecht.

Tratándose de una ciencia tan nueva como complicada, temo mucho no haber interpretado siempre correctamente las ideas fundamentales del autor y de haber incurrido en omisiones y errores, que tienen su disculpa en la magnitud misma del problema.